

# De la patria al barrio

## I

Cincuenta años después de terminada la guerra entre México y Estados Unidos y de la aprobación del tratado con el que Estados Unidos ganó la mitad del territorio de su vecino del sur, los inmigrantes mexicanos iniciaron la “reconquista” pacífica del suroeste. La migración mexicana a Estados Unidos ha sido tema de numerosos ensayos, monografías y novelas. México es único entre la mayoría de los países del mundo por el hecho de que una alta tasa de la población emigrante, 90 por ciento, lo ha hecho hacia Estados Unidos. Pocos mexicanos van hacia otras regiones de América Latina o de Europa. Y aun así la migración hacia el norte ha sido selectiva; de hecho, ciertos estados del país contribuyeron mayoritariamente a tal flujo. Académicos recientes sugieren que es necesaria una investigación sobre “las fuentes de fractura y emigración” para lograr una mejor comprensión de las causas y consecuencias de ésta.<sup>1</sup> Maldwyn A. Jones hace esta afirmación sucinta al señalar que los “emigrantes deben ser vistos no como si provinieran de países de origen vagamente definidos, sino de provincias y regiones particulares que tienen su propia respuesta, o ausencia de ella, a las fuerzas que configuran la migración”.<sup>2</sup>

La emergencia de Los Ángeles como centro metropolitano coincidió con una ola migratoria de mexicanos que comenzó a fines de la década de los noventa del siglo XIX y continuó sin detenerse hasta la Gran Depresión. Al principio, mucha gente abandonaba México para pasar largas estancias en Estados Unidos debido a las presiones del crecimiento poblacional y a la introducción de procesos mecánicos

<sup>1</sup> Donald Fleming y Bernard Bailyn, “Dislocation and Emigration: The Social Background of American Immigration”, *Perspectives in American History*, no. 7 (1973): vi.

<sup>2</sup> Maldwyn A. Jones, “The Background to Emigration from Great Britain in the Nineteenth Century”, *Perspectives in American History*, no. 7 (1973): 3-4.

en minas y textiles. La industrialización produjo desempleo cíclico en las regiones abatidas por la baja producción agrícola y pocas oportunidades comerciales. Estas regiones también padecieron la creciente expropiación de pequeñas granjas por parte de hacendados y especuladores de tierra extranjeros, la cual más tarde provocó el desarraigo de las familias de campesinos.

Mientras la clase gobernante hablaba de progreso y de una nueva era industrial en el periodo de 1880-1910, las masas de mexicanos recibían poco en términos de mejoría de sus condiciones de vida y laborales. En efecto, la inflación, especialmente el incremento de los precios de la comida, y la concomitante caída de los salarios reales produjeron una migración masiva entre los campesinos de los estados más poblados del interior. La industrialización contribuyó al crecimiento de la economía nacional, pero también ocasionó violentas huelgas y una prolongada inquietud social en las zonas urbanas. Al comienzo del siglo, los exiliados políticos en Estados Unidos fraguaron y financiaron un ataque en contra del vetusto y corrupto dictador Porfirio Díaz. Hacia 1911, el país entero estaba inmerso en la Revolución. Las fracturas masivas de la población, causadas por la Revolución, dispararon una crisis en la producción de alimentos y en la producción industrial.

México se recuperó lentamente durante los años que siguieron a la Revolución de 1910. Los principales problemas eran el desempleo crónico y una persistente inflación. Al mismo tiempo, la tasa de natalidad, que había caído durante este lapso, se elevó nuevamente y la distribución de la tierra se desarrolló lentamente. Incluso surgieron conflictos políticos y religiosos durante la década de la reconstrucción, acontecimientos que llevaron a muchos residentes a buscar fortuna al norte del Río Bravo. La proximidad de Los Ángeles y la riqueza de las vecinas regiones agrícolas, junto con información favorable que llegaba sobre los salarios y las condiciones de vida en Estados Unidos, dieron lugar a una masiva migración hacia el norte.

El esfuerzo de Los Ángeles por atraer nuevos inmigrantes, tanto locales como extranjeros, había comenzado con la llegada del ferrocarril transcontinental a mediados de 1880, al mismo tiempo que la comunicación ferroviaria con los centros de población más grandes de México abrió al suroeste estadounidense una fuente relativamente

accesible de mano de obra barata. Bajo las leyes liberales que se aplicaban a la propiedad extranjera en el México de fines del siglo XIX, en 1885 el Southern Pacific formó el Mexican International Railroad, una línea que una década más tarde se adentró unos 1 448 kilómetros en México y unió el fronterizo pueblo texano de Eagle Pass con Durango, México. Ese mismo año, el Southern Pacific completó también su famosa ruta Sunset, que ofrecía conexiones ferroviarias directas de Nueva Orleans a Los Ángeles. A lo largo de 1 930 kilómetros, la vía Sunset corría paralela a la frontera entre México y Estados Unidos. Los pasajeros que lo abordaban en San Antonio con dirección a la costa oeste podían hacer paradas en El Paso, Nogales, Mexicali y Tecate. Durante el mismo periodo, el Santa Fe Railroad, fuerte competidor del Southern Pacific, unió la costa oeste de Estados Unidos con México, vía Guaymas, puerto situado en la parte continental del Mar de Cortés. Cuando el Southern Pacific adquirió el derecho de vías del Sonora Railway hasta Guaymas en 1898, presentó un plan al gobierno mexicano para extender la línea hasta Guadalajara. En 1909, se formó en México la compañía del Southern Pacific Railroad Company of Mexico que, hacia 1927, había completado su línea a Guadalajara, mediante la construcción de 2 204 kilómetros de camino. El trayecto Nogales-Guadalajara abrió nuevas rutas comerciales desde el suroeste hasta la ciudad de México. La línea mexicana del Southern Pacific demostró ser de inmenso valor para los industriales de Los Ángeles.<sup>3</sup>

## II

Cada región de México respondió a su manera a las fuerzas que daban forma a la emigración. El atractivo de emigrar a Estados Unidos, en contraste con hacerlo en el interior de las fronteras nacionales, va-

<sup>3</sup> Matías Romero, *Geographical and Statistical Notes on Mexico* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1898), I; *Southern Pacific Bulletin* (diciembre de 1967): 23-24; Alfredo B. Cuéllar, *La situación financiera de los ferrocarriles nacionales de México con relación* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1935), 1-24; Francisco R. Calderón, "Los ferrocarriles", en Daniel Cosío Villegas, ed., *Historia moderna de México*, vol. 1: *El porfiriato: La vida económica* (México: Hermes, 1965), 483-491; Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1968), 95-96.

riaba de acuerdo con la posición geográfica, las oportunidades económicas y las condiciones materiales en cada una de las comunidades rurales que alimentaban el flujo migratorio. Manuel Gamio, antropólogo mexicano, y Paul S. Taylor, economista de Berkeley, investigaron el origen de los emigrantes mexicanos en la década de los veinte y encontraron que la mayoría provenía de los estados del centro de México. A partir de 23 846 giros postales, Gamio advirtió que 50 por ciento de los emigrantes a Estados Unidos provenían de Michoacán, Guanajuato y Jalisco, en ese orden.<sup>4</sup> Taylor examinó 3 132 registros de empleados en Gary, Indiana, y llegó a la misma conclusión, sólo que con diferente orden: Jalisco, Michoacán y Guanajuato. A la ciudad de México, que contribuyó con 5 por ciento de los migrantes en el estudio de Gamio, correspondió 6 por ciento en el estudio de Taylor.<sup>5</sup> En contraste, Anna C. Lofstedt, quien estudió 947 casos, concluyó que Michoacán y Guanajuato juntos sólo representaban 9 por ciento del total de la migración mexicana a Los Ángeles. En efecto, en los barrios de Los Ángeles, Chihuahua, Zacatecas y Durango representaban el estado de origen de 63 por ciento de los inmigrantes. Sonora, estado que había tenido preeminencia en la migración al sur de California durante el siglo XIX, contribuyó en 1922 con sólo 7 por ciento de los migrantes mexicanos a Los Ángeles.<sup>6</sup> Así, de manera general, la población mexicana inmigrante a Los Ángeles provenía de los estados del centro y del norte.

El norte de México tiene algunas características peculiares que explican su persistente importancia en los anales de los patrones migratorios de México a Estados Unidos. Obviamente, la cercanía a la frontera con Estados Unidos y la existencia de una frontera abierta, antes de la creación de la patrulla fronteriza estadounidense en 1925, influyeron en los patrones de migración de los mexicanos. Para quienes deseaban emigrar a Los Ángeles el norte era el trampolín lógico.

<sup>4</sup> Manuel Gamio, *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: University of Chicago Press, 1930), 13. Véase también ídem, *Quantitative Estimate: Sources and Distribution of Mexican Immigration into the United States* (México: 1930).

<sup>5</sup> Paul S. Taylor, "Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region", *University of California Publications in Economics* 7, no. 2 (1932): 49.

<sup>6</sup> Anna Christine Lofstedt, "A Study of the Mexican Population in Pasadena, California" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1922), 3.

Más aún, en el norte muchos de los inmigrantes podían participar en los grupos de trabajo temporales que eran utilizados tanto por los agricultores e industriales del sur de California como por los rancheros y mineros del norte de México. La existencia de algunas de las minas más productivas de México actuó también como imán de nuevos capitales y fuerza de trabajo. Durante los últimos años del siglo XIX, los metales preciosos constituían más de la mitad del total de las exportaciones nacionales.<sup>7</sup> Cuando las compañías mineras descubrieron enormes depósitos de carbón, al inicio de 1880, en la región norte de Coahuila y en otros lugares cerca de la frontera con Estados Unidos, el futuro industrial del norte quedó asegurado. Al entrar el nuevo siglo, Monterrey, en el estado de Nuevo León, se había convertido en la primera ciudad manufacturera de México. Entre sus actividades industriales estaban las fundidoras, los molinos de algodón y harina, las cervecerías, los talleres de ferrocarriles y maquinaria y las fundidoras de acero.<sup>8</sup> Más aún, hacia el cambio del siglo, Estados Unidos compraba tres cuartas partes de las exportaciones mexicanas, muchas de las cuales eran transportadas por ferrocarril a los estados del norte.

En los ranchos de Chihuahua, Sonora y Durango, los campesinos y los vaqueros ganaban salarios superiores en 10 o hasta 50 por ciento a los que se pagaba a los trabajadores no capacitados de los estados del centro. La investigación de Friedrich Katz ha mostrado que, en el México prerrevolucionario, los trabajadores rurales del norte se encontraban probablemente en mejores condiciones que en otras regiones del país. Los hacendados pagaban mejores salarios en el norte que en el sur y los granjeros del norte ofrecían contratos de arrendamiento para la explotación compartida de tierras, que superaban hasta en 25 por ciento los términos previstos en otras partes de México.<sup>9</sup> Quienes trabajaban la tierra bajo esa modalidad tenían oportu-

<sup>7</sup> Romero, *Geographical and Statistical Notes...*, 28, 254; Robert Glass Cleland, *The Mexican Year Book* (Los Ángeles: Mexican Year Book Publishing, 1922), 201.

<sup>8</sup> Percy F. Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, vol. 2 (Londres: E. Arnold, 1907). Véase en particular el capítulo 45, "State of Nuevo León", 81-90.

<sup>9</sup> Friedrich Katz, "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian Mexico: Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review* 54 (febrero de 1974): 33; Florence C. Lister y Robert H. Lister, *Chihuahua, Storehouse of Storms* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1966), 177; Fernando Rosenzweig, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", *El Trimestre Económico*, no. 33 (julio-septiembre de 1965): 450.

tunidades de empleo que no se ofrecían a sus contrapartes en otras regiones del país. En el caso de que hubiera una mala cosecha, podían ir a trabajar a las minas o cruzar la frontera para encontrar trabajo temporal en áreas de expansión económica, como el sur de California. De capital importancia fue el hecho de que muchos de los agricultores de tierra de explotación compartida podían ocuparse en empleos casuales o temporales sin tener que dar por terminada su relación de trabajo con el hacendado y sin tener que movilizar a su familia.<sup>10</sup>

Durante el periodo de 1890-1930, Durango, uno de los estados del norte de México, contribuyó significativamente a la integración de la comunidad mexicana de Los Ángeles. Gran parte de la riqueza de Durango está ligada a la agricultura y a la plata, si bien hacia fines del siglo XIX y principios del XX el estado atrajo también inversiones en numerosas fábricas de tejido de algodón, curtidoras, molinos de harina y otras que producían jabón, procesaban semilla de algodón y glicerina. Al iniciar la crisis mundial de la plata en 1893, Durango empezó a sufrir los altibajos de los ciclos económicos. En 1903, por ejemplo, la industria minera de Durango empleaba a 10 481 personas. No obstante, con la caída de las compras de plata durante las crisis económicas mundiales que se presentaron desde 1906 hasta 1907, la fuerza laboral descendió a 5 256 en 1907.<sup>11</sup>

Independientemente del crecimiento desigual de una de sus principales industrias, Durango continuó experimentando incremento poblacional. Entre 1895 y 1910, Durango registró un crecimiento de 45 000 personas en el grupo de la población masculina de 16 a 59 años. La fuerza laboral agrícola del estado aumentó notablemente desde 1900 hasta 1910, de 71 821 hasta 125 227.<sup>12</sup> A pesar de todo, al aumentar las exportaciones agrícolas —lo que generó la necesidad de más trabajadores—, el número de pequeños agricultores disminuyó. Para los campesinos, la mala distribución de la tierra y la entrada

<sup>10</sup> Katz, "Labor Conditions...", 33.

<sup>11</sup> Paul Eiser-Viafora, "Durango and the Mexican Revolution", *New Mexico Historical Quarterly* 49 (1974): 221, 225. Para una breve referencia sobre la situación de la minería en los estados del norte, véase Stanton Davis Kirkham, *Mexican Trails: A Record of Travel in Mexico, 1904-1907* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1909), 273-284.

<sup>12</sup> La producción agrícola e industrial de Durango es comentada en Herman Schnitzler, ed., *The Republic of Mexico: Its Agriculture, Commerce and Industries* (Nueva York: N.L. Brown, 1924), 21-22, 84-88, 182-183, 222-224, 312-314, 353-354, 468-469.

de compañías extranjeras a la producción agrícola a gran escala se convirtieron en temas candentes antes del estallido de la Revolución. En la región de La Laguna, la zona agrícola más rica de Durango, los propietarios de las haciendas controlaban más de 4.5 millones de hectáreas de tierra, o sea la mejor tierra del estado.<sup>13</sup>

La mayoría de los empleados en las haciendas de Durango trabajaban para compañías sin incorporar, pero con acciones controladas por capital extranjero. En contraste con lo que ocurría en el sistema hacendario del siglo XIX, estas compañías favorecían la formación de fuerza de trabajo proletaria flotante. Los trabajadores agrícolas empleados por esas compañías ganaban un salario promedio diario de entre 51 y 57 centavos de 1909 a 1911; sin embargo, a diferencia de los campesinos de las haciendas tradicionales, se las ingeniaron para actuar con suma libertad.<sup>14</sup> En la región de La Laguna, el algodón dominaba la economía agrícola. Su cultivo requería solamente de fuerza laboral de temporada, lo que eliminaba la necesidad de arraigar a los trabajadores mediante el sistema de peonaje.

Mientras Durango registró un crecimiento laboral significativo durante los últimos años del Porfiriato, en comparación, Guanajuato, uno de los principales estados del centro, registró pérdidas poblacionales durante el periodo de 1895 a 1910 de casi 22 000 en el grupo masculino de 16 a 50 años de edad. Un típico emigrante, Juan Berzúnzolo, nativo de Ojos de Agua, Guanajuato, dejó el estado en 1908 y se asentó en Los Ángeles, donde encontró trabajo en la ladrillera Simons. Cuando joven había trabajado con su padre en una pequeña granja que les retribuía con parte de la cosecha. Después de la muerte prematura de su padre, lo contrataron como peón ganando 25 centavos (12 centavos de dólar) al día, trabajando del amanecer al atardecer. En 1908, sus amigos lo animaron a emigrar al norte. Después de cruzar la frontera en El Paso, Texas, aceptó un trabajo en la línea del

<sup>13</sup> El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores* (México: El Colegio de México, s.f.), 30-31; Schnitzler, ed., *The Republic of Mexico...*, 84-88.

<sup>14</sup> El Colegio de México, *Estadísticas...*, 38-44, 147; W.E. Weyl, "Labor Conditions in Mexico", *United States Bureau of Labor Bulletin*, no. 7 (enero de 1902): 1-94. Véase también John H. Coatsworth, "Railroad, Agrarian Protest, and the Concentration of Landholding in the Early Porfiriato", *Hispanic American Historical Review* 54 (1974): 48-71.

Southern Pacific para realizar trabajo de mantenimiento de vías. Con el tiempo se fue a Los Ángeles, donde encontró trabajo en la industria ladrillera y de mosaicos.<sup>15</sup>

Las estadísticas del gobierno mexicano proporcionan claves para entender el tremendo volumen de migración interna, común en todas las zonas rurales entre 1895 y 1910. Las tasas de migración fueron resultado, en gran medida, del crecimiento de los pueblos y centros industriales concentrados. Observadores y académicos contemporáneos no han logrado documentar adecuadamente la migración interna de los mexicanos, dando en cambio mayor atención al flujo de trabajadores que se dirigían a la frontera con Estados Unidos. Albert Alexander Graham, abogado y empresario de Topeka, Kansas, pasó dos meses en México en 1906. Cuando viajó hacia el norte desde la ciudad de México a la ciudad de El Paso, Graham quedó impresionado con los trenes atestados de pasajeros que se dirigían a Estados Unidos: “Los vagones contenían hasta doscientos trabajadores mexicanos [...] hombres que dejan el país en contra de la voluntad del gobierno y del deseo de los terratenientes, con una enorme cantidad de obstáculos a todo lo largo de su recorrido”.<sup>16</sup> Los patrones de migración interna de los trabajadores rurales en México durante el periodo de 1900 a 1910 indican claramente que los mexicanos que se dirigieron al norte lo hicieron como último recurso. Durante esa década, cuatro estados de la frontera norte de México absorbieron, en total, una población de 159 000. En el mismo periodo, los cuatro estados más poblados de la meseta central registraron un flujo de más de 360 000 nuevos habitantes (Jalisco, 97 386; Guanajuato, 102 696; Zacatecas, 112 949; Michoacán, 48 802).<sup>17</sup> No obstante, los dueños y administradores de los ferrocarriles, las minas y las fábricas argumentaban que encontraban difícil conseguir suficientes trabajadores. En la medida en que los salarios agrícolas seguían siendo de un tercio o la mitad de los pagados en el trabajo industrial, no podía esperarse

<sup>15</sup> Manuel Gamio, *The Life Story of the Mexican Immigrant* (Chicago: University of Chicago Press, 1931), 145.

<sup>16</sup> Albert Alexander Graham, *Mexico with Comparisons and Conclusions* (Topeka: Crane, 1907), 58.

<sup>17</sup> Moisés González Navarro, *México: el capitalismo nacionalista* (México: B. Costa Amic, 1970), 26-27.

que terminara el movimiento masivo de la población rural de los estados del centro y del sur a regiones más industrializadas.

La migración de trabajadores a otros estados significó un paso importante. N.O. Winter comentó, en 1900, que “un número constantemente creciente de peones se traslada a los centros industriales”.<sup>18</sup> La principal causa de esta migración en los años prerrevolucionarios estaba ligada con las tasas diferenciales de los crecimientos industrial y urbano.

En 1883, el Congreso mexicano expidió una nueva ley de tenencia de la tierra que otorgó poderes a las compañías inmobiliarias para revisar terrenos públicos con el propósito de propiciar asentamientos y subdivisiones. El gobierno de Díaz, convencido de que estas leyes provocarían la colonización extranjera del México rural, dio a las compañías inmobiliarias el derecho a reclamar un tercio de la tierra inspeccionada y a comprar los dos tercios restantes en condiciones sustancialmente más bajas que las del precio del mercado. La ley resultó desastrosa para los habitantes de las villas o ejidos. Mientras muchos de estos pequeños granjeros habían vivido de la tierra toda su vida, lo mismo que sus ancestros, pocos tenían títulos legales de propiedad y por eso se convirtieron en víctimas de las expropiaciones masivas que sucedieron entre 1883 y 1910. Si bien la medida generó mayores salarios que los que habían prevalecido en la meseta central, esta expropiación de tierras comunales de los pueblos tuvo graves consecuencias sociales y económicas. George McCutchen McBride estimó que, hacia 1910, los habitantes rurales de México que no tenían propiedad individual eran probablemente más numerosos de lo que lo habían sido en cualquier otro momento de la historia moderna del país.<sup>19</sup> En Jalisco, Michoacán y Guanajuato —tres estados que contribuyeron con un significativo número de migrantes mexicanos a Los Ángeles—, la población rural alcanzó el tope de 2.5 millones (2 537 625) en 1910.<sup>20</sup> El porcentaje de jefes de fa-

<sup>18</sup> N.O. Winter, *Mexico and Her People of To-day* (Boston: L.C. Page, 1907), 194-195.

<sup>19</sup> George McCutchen McBride, *The Land Systems of Mexico* (Nueva York: American Geographical Society, 1923), 155.

<sup>20</sup> Para un acucioso análisis de las condiciones económicas prerrevolucionarias, véase T. Esquivel Obregón, “Factors in the Historical Evolution of Mexico”, *Hispanic American Historical Review* 2 (mayo de 1919): 135-172; “The Mexico of 1909”, *American Review of Reviews* 40 (1909): 492-493.

milia propietarios individuales promediaba sólo 3.2 en 1910.<sup>21</sup> La pérdida de tierra, en su mayoría ocurrida entre 1876 y 1910, forzó a la mayoría de los trabajadores rurales al arrendamiento agrícola, al trabajo migratorio o a emplearse en las minas. En el país, durante el Porfiriato, más de cinco millones de campesinos perdieron su derecho a hacer uso de las tierras comunales.<sup>22</sup>

Para los trabajadores remunerados por debajo de la escala salarial, el subempleo y la inflación fueron los problemas más severos. A pesar de que el gobierno informó de un aumento en los salarios de 1890 a 1910, ciertamente los salarios reales cayeron drásticamente debido a la inflación; y los precios, durante todo el gobierno de Díaz, se incrementaron cuando menos en 30 por ciento.<sup>23</sup> Agobiados por la naturaleza temporal de su trabajo, los 1.5 millones de trabajadores de la región —la mitad de toda la fuerza laboral nacional en estas tareas— padecieron otros problemas debido a la permanente eliminación de las pequeñas unidades agrícolas. Las grandes plantaciones requerían de una fuerza adicional de trabajo, factor que contribuyó al subempleo. De esta manera, la mayoría de los trabajadores se consideraban afortunados de encontrar trabajo seis meses al año.

Aun cuando los terratenientes recibían favorables exenciones anuales y concesiones fiscales, explotaban a quienes trabajaban la tierra a cambio de una porción de la cosecha. Elías Garza, trabajador cementero en Los Ángeles, recordaba los peligros de la tenencia agrícola durante sus años de juventud en Michoacán: “Los dueños nos daban las semillas, los animales y la tierra, pero resultaba que, cuando se recolectaba la cosecha, no quedaba nada para nosotros a pesar de lo duro que habíamos trabajado. Eso era terrible. Esos terratenientes eran unos ladrones”.<sup>24</sup> Lo que más temían los arrendatarios eran las visitas imprevistas y la confiscación de la cosecha de los terratenientes. Contra tales acciones, los arrendatarios no podían esperar fallos judiciales realistas a estos problemas.

<sup>21</sup> McBride, *The Land Systems...*, 154-155.

<sup>22</sup> John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York: Knopf, 1968), 42-43; Carlos B. Gil, ed., *The Age of Porfirio Díaz* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1977).

<sup>23</sup> Katz, “Labor Conditions...”, 24, 44; Roger D. Hansen, *The Politics of Mexican Development* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1971), 23.

<sup>24</sup> Gamio, *The Life Story...*, 149.

Probablemente ningún otro estado contribuyó con tantos migrantes a Los Ángeles como Jalisco. Esto parece irónico, dado que Jalisco es uno de los más ricos y productivos de la república. De hecho, los mexicanos se refieren mucho a éste como el granero de la nación, ya que encabezaba al país en la producción de maíz, frijol y leche. Incluso durante los últimos años del Porfiriato produjo tanto maíz que se exportaron más de doscientas mil toneladas a otras regiones, incluyendo una buena porción a Estados Unidos. Jalisco también encabezaba a la nación durante los últimos años de Díaz en el valor del ganado, a pesar de que sólo contaba con un cuarto de tierra de pastoreo en comparación con Chihuahua, su segundo competidor.<sup>25</sup>

La imposibilidad de Jalisco de mantener a sus habitantes en su tierra natal se debía a tres causas principales: 1) la concentración de la población en la tierra, que había sido dividida en forma creciente; 2) la expropiación masiva de las tierras comunales, y 3) a una caída en los salarios reales e incrementos en el precio de la comida. El primer factor, el de la concentración poblacional, también afectó a muchos otros estados del centro de México, pero, para Jalisco, el segundo estado más poblado de la república, la sobrepoblación o su amenaza alcanzó graves proporciones después de 1890. Hacia 1910, con una población de 1.2 millones, Jalisco tenía diez veces más habitantes que su vecino Aguascalientes.<sup>26</sup> Friedrich Katz ha afirmado recientemente que “el número de trabajadores disponibles en las haciendas mexicanas del centro se incrementó notablemente de 1876 a 1910, conforme las expropiaciones masivas de aquel periodo crearon un proletariado desposeído de tierra, que no podía absorber la limitada industria de la mayor parte del centro de México”.<sup>27</sup> Más aún, la costumbre de dividir en forma equitativa la herencia y la tendencia entre los jaliscienses de tener grandes familias generó una creciente subdivisión de la tierra. Durante los años del cambio de siglo, miles permanecían sin tierra en una sociedad que otorgaba gran valor a la tenencia de ésta y a la agricultura. Finalmente, los precios de los alimentos se incrementaron a niveles récord cuando las compañías

<sup>25</sup> Cleland, *The Mexican Year Book...*, 248.

<sup>26</sup> Dirección General de Estadística, *Censo general de población: resumen 1930* (México: DGE), 33.

<sup>27</sup> Katz, “Labor Conditions...”, 28.

privadas convirtieron las regiones tradicionalmente productoras de alimentos en zonas de cultivo de azúcar, henequén y algodón, las exportaciones más importantes de México.<sup>28</sup> Al mismo tiempo, el salario diario en Jalisco durante los años de 1907 a 1910 llegó a ser el equivalente a veinte centavos de dólar.<sup>29</sup>

Para el sector de la clase media, Jalisco había resultado estable hasta fines del siglo XIX, y las oportunidades en comercio, agricultura y servicios profesionales estaban al alcance de la mano. Jalisco ocupaba el segundo lugar, sólo detrás del Distrito Federal, en cuanto al número de empleados en el comercio y en ocupaciones profesionales. En 1910, el estado no era solamente el primero en la producción agrícola, sino también estaba a la cabeza en la construcción. A diferencia de Colima y Nayarit —donde, en 1910, las oportunidades económicas estaban limitadas a la agricultura y un poco a la cría de ganado—, Jalisco tenía una economía diversificada, que proporcionaba algún grado de movilidad social ascendente a los miembros de las clases medias instruidas.<sup>30</sup> Sin embargo, es muy probable que, hacia 1910, una nueva generación de jóvenes del sector no agrícola se haya convertido en víctima por las limitadas posibilidades y de subempleo en la industria y en los servicios profesionales.

Además, la consecuencia de las inversiones de capital, el comercio exterior y la expansión industrial en los estados del centro y del norte desde 1880 hasta 1910 generaron nuevos problemas a los trabajadores semiagrícolas e industriales, quienes constituían buena parte de la fuerza de trabajo.<sup>31</sup> Asimismo, durante los años iniciales de la industrialización y la creación de unidades de capital intensivo, fueron

<sup>28</sup> DGE, *Anuario estadístico, 1930*, 155.

<sup>29</sup> Nathan L. Whetten, *Rural Mexico* (Chicago: University of Chicago Press, 1948), recuadro 50, 261.

<sup>30</sup> El Colegio de México, *Estadísticas...*, 52, 57; John H. Coatsworth, "Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el Porfiriato", *Historia Mexicana* 26 (octubre-diciembre de 1976): 167-187.

<sup>31</sup> Perspectivas contemporáneas sobre inversiones extranjeras estadounidenses en México se encuentran en Edward M. Conley, "The Americanization of Mexico", *American Review of Reviews* 32 (diciembre de 1905): 724-725; Elisha Hollingsworth Talbot, "The American Invasion of Mexico", *World's Work* 17 (febrero de 1909): 274, 278; David Pletcher, *Rail, Mines, and Progress: Seven American Promoters in Mexico, 1867-1911* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1958).

frecuentes las fluctuaciones cíclicas que constituyeron una plaga para las industrias en desarrollo. El resultado fue que los trabajadores enfrentaron largos periodos de desempleo o subempleo.

Las consecuencias de las fluctuaciones cíclicas se ilustran de inigualable manera en la industria minera. En 1899, se empleó en México un número récord de mineros: 106 536 (casi la mitad en los estados del norte). En un breve lapso de tres años, el número disminuyó a 85 333; y cerca de 90 por ciento de las pérdidas laborales ocurrieron en los estados del norte y del centro. El estatus impredecible de esta industria fue a contracorriente del propósito de los trabajadores de tener empleo en forma estable y plena.<sup>32</sup> Mientras en 1900, 92 176 personas encontraron trabajo en la minería, en 1921 solamente 26 890.<sup>33</sup> Las industrias en el suroeste de Estados Unidos experimentaron fluctuaciones cíclicas similares durante aproximadamente el mismo periodo, pero la economía en expansión hacia el norte de la frontera proporcionó a los trabajadores numerosas opciones de empleo que no encontraban en México.

La migración hacia el norte se incrementó también como consecuencia del cierre de plantas manufactureras durante la última década de Díaz en el poder. Las fábricas que producían aguardiente registraron una baja: de 2 211 en 1899 a sólo 1 674 diez años después. De igual manera, las tabacaleras registraron una caída en el número de plantas: de 766 en 1899 a 437 en 1908. En cuatro de las cinco regiones más importantes de México, disminuyó el número de personas empleadas en la industria manufacturera. Más aún, incluso cuando las fábricas no cerraban, la baja en la producción tuvo un impacto decisivo sobre la fuerza de trabajo. Entre 1899 y 1909, por ejemplo, el número de fábricas textiles declinó ligeramente de 144 a 142. Sin embargo, durante el mismo periodo, el número de trabajadores empleados pasó de los 50 132 en 1901 a apenas 26 149 un año más tarde. En promedio,

<sup>32</sup> DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 72. Las difíciles condiciones de trabajo en la industria son descritas en H.A. Franck, "Working in a Mexican Mine", *Century Magazine* 92 (septiembre de 1916): 673-683.

<sup>33</sup> DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 72; El Colegio de México, *Estadísticas...*, 32. A pesar de que la industria minera sufrió ciclos con altibajos, el promedio de títulos registrados por el gobierno fue de nueve mil en 1898 y 1899 y se elevó a más de treinta mil en 1909, con un pico en esos diez años de 32 251 en 1908 (El Colegio de México, *Estadísticas...*, 126).

el número de trabajadores textiles permaneció en un nivel entre 27 000 y 33 000. Estas cifras demuestran ciertamente la inestabilidad de la economía industrial mexicana en esta década.<sup>34</sup>

Ése no fue el caso de la agricultura. En la misma década, 1899-1909, la producción de azúcar creció más de 100 por ciento: de 68 218 toneladas a 145 790. La producción de algodón también llegó a un nivel histórico, al aumentar de 20 702 toneladas en 1899 a 41 277 en 1909.<sup>35</sup>

En algunos de los estados del centro de México, la producción agrícola avanzó con el desarrollo de las grandes plantaciones. La creación del sistema de plantaciones, sin embargo, eliminó de manera general la necesidad de que el agricultor tuviera su pequeña propiedad. En manos de intereses extranjeros, estas unidades agrícolas funcionaban de manera muy similar a las fábricas. A fines del siglo, Carlos Ibáñez, quien había vivido como peón en Zacatecas antes de emigrar a Los Ángeles, recibía por su trabajo una pequeña porción de alimentos y algunos centavos al día; una paga tan pequeña que “ni siquiera recuerdo a cuánto ascendía”, afirmó 25 años más tarde en Los Ángeles, donde se empleó como trabajador. Citó los bajos salarios como la principal razón para decidirse a “dejar México en busca de fortuna” en California.<sup>36</sup>

Cuando Díaz permitió a los monopolios extranjeros expropiar las tierras comunales de los indios a escala masiva y autorizó la esclavitud de miles de trabajadores, no consideró las consecuencias a largo plazo: el desplazamiento de los pequeños granjeros y la subsecuente creación de un nuevo grupo de trabajadores no calificados, pues muchos de los trabajadores rurales desplazados se congregaron en las ciudades, donde sólo podían encontrar trabajo ocasional. Sin capacitación y mal instruidos, el proletariado sin tierra se halló en una posición muy difícil para poder negociar. Muchos de ellos encontraron empleo en las fábricas textiles de la ciudad de México y en la región de la costa este, mientras otros se colocaron en las esquinas de las

<sup>34</sup> El Colegio de México, *Estadísticas...*, 106, 108, 48, 113, 119.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 71 (producción de algodón), 124 (azúcar). Un comentario relativo al nivel de la producción industrial de México es analizado brevemente en “The Mexico of 1909”, *American Review of Reviews* 40 (1909): 492-493.

<sup>36</sup> Citado por Gamio, *The Life Story...*, 45.

calles a ofrecer sus servicios como trabajadores eventuales. Éstos padecieron particularmente durante los periodos de fluctuaciones en la producción. El sector industrial empleó a tres mil personas menos en 1910 que en 1900. El porcentaje total de trabajadores agrícolas se elevó varios puntos entre 1895 y 1910, cuando llegó a 68.1 por ciento.<sup>37</sup>

Muchos trabajadores urbanos que no podían ganar su sustento en la agricultura emigraron a Estados Unidos. Percy F. Martin, autor inglés que visitó México en 1906, observó que, durante algunos años, había habido una gran escasez de albañiles que trabajaran la piedra y el ladrillo, así como de carpinteros, pintores y otros trabajadores calificados en la industria de la construcción. Concluyó que muchos de los trabajadores urbanos habían emigrado a Texas, donde los campos de algodón y los ferrocarriles absorbieron a “muchos miles de trabajadores mexicanos debido a los altos salarios que ofrecían”.<sup>38</sup> Martin llegó a México durante una época especialmente dura. Los años de 1905 y 1907 estuvieron marcados en la ciudad de México y en otras zonas urbanas por una fuerte inflación, particularmente en los alimentos y las rentas, así como por la ausencia de incrementos salariales.

La emigración no se limitaba a los peones. En la relativamente pequeña clase media, otras razones que no eran la penuria económica fueron determinantes para la decisión de emigrar al norte. Por ejemplo, Ramón Lizárraga, cuyo padre era propietario de un pequeño rancho en Sonora, no sufría hambre ni problemas políticos cuando siguió a su profesor de música a Los Ángeles en 1901. Allí trabajó en los cobertizos de las empacadoras frutales durante el día y tocando el bajo por las noches en una orquesta mexicana. Permaneció menos de dos años en su primer viaje al otro lado de la frontera y, después de regresar a México en 1903, esperó otros veinte años antes de volver a Los Ángeles. Otro emigrante, Abundio Chacón, hijo de un exitoso comerciante de tabaco, dejó México en 1910, justo unos meses antes del estallido de la Revolución a pesar de las súplicas de su padre para que no abandonara Guanajuato. Chacón, quien tenía a la sazón dieciséis

<sup>37</sup> Para un comentario útil sobre la situación de los trabajadores durante el Porfiriato, véase Rodney D. Anderson, “Mexican Workers and the Politics of Revolution, 1906-1911”, *Hispanic American Historical Review* 54 (febrero de 1974): 112-114. Véase también El Colegio de México, *Estadísticas...*, 45-47.

<sup>38</sup> Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, 2: 214-215.

años, se animó a emigrar cuando oyó hablar a su mejor amigo sobre los altos salarios y la buena vida en Estados Unidos. Después recordaría el principal argumento de su padre para que no fuera hacia allá: “te morirás de hambre”. De cualquier modo, Chacón persistió y, finalmente, con sus míseros ahorros de cuarenta pesos (veinte dólares), partió con un amigo que había radicado en Estados Unidos como trabajador ferroviario.<sup>39</sup>

El éxodo de tantos mexicanos causó problemas a los funcionarios mexicanos, aunque sabían que podían hacer muy poco para remediarlo. A.A. Graham observó que las autoridades mexicanas realizaban todos los esfuerzos posibles para desalentar la migración hacia el norte, incluso proporcionando información falsa en el sentido de que no obtendrían trabajo en Estados Unidos y “contando relatos de los grandes sufrimientos que padecían los mexicanos” al otro lado de la frontera. Estos informes, sin embargo, no los detuvieron, señala Graham, en virtud de “que no tenían trabajo remunerado en casa y ciertamente no podían verse influenciados, en vista de las condiciones locales, por el sufrimiento que les decían se padecía del otro lado”.<sup>40</sup>

La consecuencia de la intensa inversión de capital extranjero y la expansión industrial desde 1880 hasta 1910 propició serios problemas tanto a la fuerza de trabajo semiagrícola e industrial como al presidente Díaz, quien fue criticado crecientemente por los ciudadanos mexicanos en razón de haber proporcionado a los extranjeros concesiones tan generosas. En una biografía de tal personaje, publicada en 1908, Rafael de Zayas Enríques profetizó:

México va directo a la Revolución. El descontento, el odio hacia los funcionarios públicos y hacia los extranjeros, a quienes tantos privilegios se ha concedido, arraigados durante mucho tiempo pero adormecidos, son ahora abiertamente manifiestos. Un chispazo puede encender una conflagración que al mismo tiempo que devore a las clases gobernantes, destruya los frutos de la industria y dé marcha atrás al progreso del país.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Entrevista con Ramón Lizárraga, Los Ángeles, 10 de abril de 1972; entrevista con Abundio Chacón, Los Ángeles, 15 de agosto de 1972.

<sup>40</sup> Graham, *Mexico with Comparisons and Conclusions*, 61

<sup>41</sup> Rafael de Zayas Enríques, *Porfirio Díaz*, citado en un artículo de *Outlook*, 12 de diciembre de 1908, 837.

En 1910, Díaz invitó a periodistas europeos y de Estados Unidos a la celebración del Centenario de la Independencia de México. El gobierno hizo todo lo posible por impresionar a los miles de visitantes extranjeros que acudieron a las ceremonias. Era un momento cumbre para Díaz. El capital mexicano mismo constituía un monumento a los logros del régimen porfiriano. Trolebuses eléctricos, elegantes restaurantes que ofrecían cocina francesa y una población llena de vida demostraban el ingreso de México al club occidental de las naciones industrializadas.<sup>42</sup> Ninguno de los presentes hubiera imaginado que el gobierno de Díaz estaba por terminar en unos cuantos meses. Mientras él y su gabinete divertían a sus invitados en medio de la opulencia, exiliados políticos en Los Ángeles, San Antonio y otras ciudades de Estados Unidos se preparaban a pelear en contra del Porfiriato.<sup>43</sup> Se respiraba revolución en el ambiente.

### III

La Revolución mexicana fue la circunstancia más espectacular de entre las que promovieron la emigración a Estados Unidos durante el periodo de 1900 a 1930. Sin embargo, no fue la causa principal. Desde 1910 hasta 1930, aproximadamente 925 000 mexicanos cruzaron la frontera hacia Estados Unidos. Durante la década de los veinte, emigró casi el doble de los que abandonaron el país durante la Revolución. Durante el periodo de 1910 a 1920, el promedio anual de mexicanos que cruzaron la frontera hacia Estados Unidos fue de 25 000. Irónicamente, de 1913 a 1915, periodo considerado por los historiadores mexicanos como el peor de la lucha armada, la emigración mexicana de hecho declinó, en tanto las batallas se hacían más frecuentes y viajar por México resultaba más peligroso, si no

<sup>42</sup> F. León de la Barra, "Present Conditions in Mexico", *Independent* 70 (1911): 545-546.

<sup>43</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution: Genesis under Madero* (Austin: University of Texas Press, 1952), 117-119. Para una revisión de las actividades de los exiliados mexicanos durante los últimos años de Díaz en el poder, véase, por ejemplo, James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913* (Austin: University of Texas Press, 1971), en especial las páginas 40, 69, 176; y John M. Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931* (Austin: University of Texas Press, 1978), en particular 88-89.

imposible, debido a la destrucción prácticamente total de la red de transporte ferroviario.<sup>44</sup>

En el periodo de 1910 a 1920, la emigración a ciudades como Los Ángeles era, en parte, una respuesta a la crisis generada por la guerra: sobre los solteros se cernía la amenaza de la leva, las familias estaban mermadas por la escasez de alimentos, la inflación ocasionaba dificultades económicas, los trabajadores estaban impacientes con la lentitud del gobierno para cumplir la promesa de mejoramiento de vida de la clase trabajadora. Adicionalmente, los factores decisivos en la determinación de la emigración en la década anterior —la pérdida de la tierra, el desempleo cíclico y la inflación desatada— persistieron durante 1910, lo mismo que las condiciones que atraían a los trabajadores al suroeste de Estados Unidos: la expansión agrícola, minera y ganadera y la industria urbana.<sup>45</sup>

Los mexicanos que llegaron a Los Ángeles durante la Revolución eran en general muy diferentes de quienes habían llegado antes: muchos nunca habían salido de su pueblo natal. Algunos, presionados a realizar el servicio militar en contra de su voluntad, cruzaron la frontera clandestinamente, aun cuando nunca antes habían considerado seriamente salir de México. Como las anteriores generaciones de inmigrantes alemanes e irlandeses y un posterior grupo de refugiados cubanos, la mayoría llegó con la intención de quedarse solamente por poco tiempo. Eran optimistas a propósito de encontrar trabajo y casa temporales en el sur de California. Algunos eran desertores de los ejércitos mexicanos en conflicto, que en conjunto sumaban algo así como trescientos mil hombres y mujeres; otros formaban parte de la gran

<sup>44</sup> Un excelente tratamiento del periodo revolucionario se encuentra en John Womack Jr., "The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920: Historiography and Analysis", *Marxist Perspectives* (invierno de 1978). Para un análisis conceptual del periodo de 1895 a 1929, véase también Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana: la formación del nuevo régimen* (México: 1973); y James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910* (Berkeley: University of California Press, 1967).

<sup>45</sup> Aparentemente, los refugiados mexicanos no tenían problemas para cruzar la frontera con Estados Unidos durante la Revolución. Entre los estudios que documentan esta inmigración están: Andrés Landa y Piña, *El servicio de migración en México* (México: Talleres Gráficos de la Nación, 1930); Gamio, *Mexican Immigration...*; Enrique Santibáñez, *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos* (San Antonio: Clegg, 1930); John Martínez, "Mexican Emigration to the United States, 1910-1930" (tesis doctoral, Berkeley, University of California, 1957).

mayoría de los quince millones de habitantes de la nación que se vieron desplazados por las presiones generadas por fuerzas políticas sobre las que tenían poco control.

El reclutamiento obligatorio de potenciales combatientes en la zona de guerra y las frecuentes deserciones del ejército tuvieron un impacto sobre los recursos laborales de los empleadores en ambos lados de la frontera. Cuando el Ejército Liberal de Baja California se apoderó de Tijuana, bajo el control de las tropas federales, en mayo de 1911, se interrumpió la construcción del ferrocarril que conectaba Imperial Valley con San Diego. La construcción de la línea ferroviaria suponía la de setenta kilómetros de vías dentro del territorio mexicano. Cuando las fuerzas rebeldes mexicanas atacaron Tijuana, la constructora de Los Ángeles Sherer and Company perdió 80 por ciento de su fuerza laboral cuando sus trabajadores huyeron tras los rumores de que “el gobierno mexicano pretendía enlistar a todos los ciudadanos en el ejército”. En cierta ocasión, un sargento rebelde pronunció un inflamatorio discurso a trabajadores que llegaban como sustitutos y convenció a 22 de que se unieran a él y a sus camaradas.<sup>46</sup> La búsqueda de nuevos reclutas llevó frecuentemente a los representantes de los ejércitos beligerantes a puntos del otro lado de la frontera. El diario *The Los Angeles Times* informó en diversas ocasiones sobre mexicanos que vivían en la ciudad y que habían sido llamados para que regresaran a México a unirse a la Revolución.<sup>47</sup>

Para los estadounidenses de las comunidades fronterizas del suroeste, la violencia asociada a la Revolución se convirtió en algo tan común que llegó a afectar su propia vida. En la primavera de 1910, Margaret L. Holbrook Smith registró en la revista *Overland Monthly* sus experiencias como testigo de la captura de la “Tía Juana”, por fuerzas rebeldes, cerca de San Diego. Después de la batalla, escribió:

<sup>46</sup> Patrick O'Bannon, “Railroad Construction in the Twentieth Century: The San Diego and Arizona Railway” (manuscrito inédito, University of California at San Diego, Special Collections Central Library, 1977), 20, 25.

<sup>47</sup> “Exiles Long for Home”, *The Los Angeles Times*, 27 de marzo de 1914; “Refugees Rush Back to Mexico”, *The Los Angeles Times*, 2 de enero de 1916; “Missing Mexicans a Remarkable Mystery: Five Thousand Quit Work and Disappear from Los Angeles County”, *The Los Angeles Times*, 1 de abril de 1917.

En el lado estadounidense, cerca de la aduana, muchos federales heridos fueron atendidos por [...]. También en nuestro lado estaba el campamento de refugiados. Con frecuencia, familias enteras se hacinaban bajo un pedazo de tela, estirado al máximo para ofrecer cobijo [...]. Muchas mujeres pobres caminaron los 29 kilómetros a San Diego con sus hijos en brazos.<sup>48</sup>

Otras víctimas de la insurrección huyeron a Ensenada, una ciudad costera 129 kilómetros al sur.

Las ciudades fronterizas no resultaron siempre el paraíso que los refugiados buscaban. La frontera registró inusitada actividad durante los años de la guerra civil.<sup>49</sup> En 1911, cuatro meses después de la entrada de Madero a México, el gobierno de Estados Unidos ordenó a veinte mil soldados dirigirse “sin demora, a puntos de la frontera”.<sup>50</sup> Los Ángeles, San Antonio y Galveston fueron centros de coordinación del movimiento masivo. Fort Rosencrans, en San Diego, 201 kilómetros al sur de Los Ángeles, sirvió como cuartel general para el personal del ejército de Estados Unidos acuartelado para proteger los 19 kilómetros de frontera entre Tijuana y San Diego. Los integrantes de las tropas en Fort Rosencrans, muchos de los cuales fueron reclutados y entrenados en Los Ángeles, hicieron huir a las fuerzas rebeldes en Tijuana entre 1911 y 1913. Marion Ethel Hamilton describió en *Overland Monthly*, de manera muy vívida, la captura de fuerzas rebeldes durante una batalla en la que soldados de la Compañía 115 y la 8 de Infantería de Estados Unidos capturaron a 105 “insurrectos” en Tijuana. Conforme la guerra continuó, los residentes de los pueblos fronterizos mexicanos afectados se volvieron impacientes y muchos de ellos prefirieron salir de allí en busca de puntos más alejados del conflicto.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> Margaret L. Holbrook Smith, “The Capture of Tia Juana”, *Overland Monthly* 58 (julio de 1911): 4-5. Para otros ejemplos, véase George Marvin, “The Quick and Dead on the Border”, *World's Work* 33 (enero de 1917): 297-302.

<sup>49</sup> Oscar J. Martínez, *Border Boom Town: Ciudad Juárez since 1848* (Austin: University of Texas Press, 1978), 38-56. Véase también James Hopper, “Twin Towns of the Border”, *Collier's* 57 (19 de agosto de 1916): 5-7.

<sup>50</sup> “Troops Massed on the Mexican Border”, *Independent* 70, 16 de marzo de 1911, 537.

<sup>51</sup> Marion Ethel Hamilton, “Insurrecto Prisoners Captured by Uncle Sam”, *Overland Monthly* 62 (noviembre de 1913): 432-433.

Las comunidades fronterizas como San Diego y Los Ángeles sirvieron como primer alto en el camino a los refugiados y a nuevos inmigrantes. El diario *The Los Angeles Times* comentó el 27 de marzo de 1914 que “33 mexicanos, entre los que se encuentran los habitantes más ricos de Hermosillo, Sonora, quienes fueron expulsados por la fuerza hacia Estados Unidos hace unos días, comentaron ayer sus problemas con el cónsul Juan R. Orci, a través de una delegación. Más refugiados llegarán hoy a Los Ángeles”. La llegada de exiliados políticos y de trabajadores migrantes corresponde a los funcionarios estadounidenses de migración, pero como aquéllos han contribuido de manera fundamental a resolver las necesidades laborales de las más importantes industrias y de la agricultura comercial, se impusieron pocas restricciones a su entrada.<sup>52</sup>

Algunos de los inmigrantes que llegaron a Los Ángeles durante el periodo revolucionario expresaron no desear regresar a México una vez que el conflicto hubiese terminado. Pedro Nazas, trabajador de corrales de ganado de Los Ángeles durante la década de los veinte, dejó su hogar en Zapotlán, Jalisco, en 1918, después del colapso de su pequeño negocio. Su padre había sido granjero en el mismo lugar; sin embargo, cuando sus padres murieron, la familia sufrió grandes pérdidas para manejar la pequeña propiedad. Trató de ganarse la vida con una tienda de su propiedad, pero las altas tasas de intereses y la inflación lo obligaron a cerrarla. Había llegado el momento, señaló, “de ir a buscar fortuna a Estados Unidos”. En Los Ángeles, ganaba 35 dólares a la semana, suficiente para sostenerse y para concluir: “No quiero regresar a México porque no puedo ganar allá lo que estoy acostumbrado a ganar en Los Ángeles y, además, uno puede comprar más cosas con un dólar que con un peso mexicano”.<sup>53</sup>

La destrucción de las líneas ferroviarias mexicanas que conectaban el interior del país con ciudades del suroeste estadounidense, como Los Ángeles, durante la etapa revolucionaria canceló las esperanzas de muchos emigrantes potenciales y dificultó a otros abandonar su lugar de origen. Desde 1913, ciertos informes revelaron que numerosos pueblos en los estados centrales habían quedado incomunicados

<sup>52</sup> “Exiles Long for Home”, *The Los Angeles Times*, 27 de marzo de 1914.

<sup>53</sup> Gamio, *The Life Story...*, 49.

con los pueblos fronterizos. Como los informes sobre las condiciones en que se encontraban las vías eran a menudo imprecisos; y los viajeros aprendieron a esperar retrasos y peligros. Un corresponsal escribió en 1915: “Miles de kilómetros de vías ferroviarias han sido destruidas, puentes y estaciones han sido quemados a cada paso”.<sup>54</sup> David Lawrence, reportero de *The New York Evening Post*, viajó al lugar en que estaba asentado el Congreso Constituyente en el verano de 1917 y encontró condiciones mucho más favorables, a pesar de que “a lo largo de la línea ferroviaria, unas cuantas estaciones incendiadas daban testimonio de la devastación de la Revolución [...]. Los trenes, por supuesto, no salían a tiempo; llevaban a menudo retrasos de entre 18 y 24 horas [y] la carga no se movía”.<sup>55</sup> La mermada condición del transporte sobre la que informaron estos periodistas forzó sin duda a muchos de los que emigraban a viajar a pie o en carreta. Un reportero estadounidense escribió:

Si alguien tiene alguna duda sobre el volumen de esta clase de inmigrantes, una visita al sur de Texas le dará la respuesta. En una jornada diaria por automóvil a través de esa región, uno rebasa a centenares de mexicanos con rumbo al norte, a pie, montados en burros y en primitivos carros de dos ruedas. Son tantos que podrían llenar las carreteras y los caminos laterales. Cuando se les pregunta, muchos de ellos contestan que salieron de México huyendo del hambre. En gran número de casos, estos refugiados tienen amigos o parientes en este país, quienes les han hablado de la riqueza y de la prosperidad del maravilloso *Estados Unidos*.<sup>56</sup>

El tardado viaje en bote y las inadecuadas condiciones del servicio de transporte forzaron a muchos de los trabajadores temporales que se encontraban en Estados Unidos a permanecer por más tiempo del que habían previsto originalmente.

La suspensión del transporte ferroviario entre México y la frontera dio origen a nuevos problemas tanto para los habitantes rurales como para los urbanos. La incertidumbre en el suministro de alimentos y

<sup>54</sup> George Edward Hyde, “A Plain Tale from Mexico”, *New Republic* 2, 13 de febrero de 1915, 38.

<sup>55</sup> David Lawrence, “Mexico Rebuilding”, *Independent* 91, 28 de julio de 1917, 126-127.

<sup>56</sup> “Three Years of Revolution in Mexico”, *Outlook*, 2 de diciembre de 1914, 759.

la inestabilidad del peso mexicano elevaron los precios mucho más allá de lo que la clase trabajadora podía permitirse. *The New York Times* informó sobre incrementos en los precios del orden de dos mil por ciento para el maíz y el frijol entre julio de 1914 y julio de 1915. Como respuesta a la incapacidad de muchos mexicanos de dar de comer a su familia, la Cruz Roja abrió en 1917 comedores de asistencia en la ciudad de México. En sólo un mes, los voluntarios dieron de comer a seis mil familias. Sin embargo, muchos en las zonas rurales veían las ciudades como paraísos. Como resultado del gran flujo de personas, las rentas en la ciudad de México se elevaron a más de 50 por ciento en 1915 y miles de trabajadores vivían aterrorizados por la hambruna.<sup>57</sup> El escritor Thomas Edward Gibbon señaló que los funcionarios del gobierno trataron de desanimar a los nuevos inmigrantes de acudir a las zonas urbanas, pero que habían tenido poco éxito, dado que muchos campesinos creían “que no [era] seguro que vivieran fuera en el campo y trabajaran sus tierras”.<sup>58</sup>

Durante los primeros años de la Revolución, las facciones beligerantes hicieron numerosos intentos por ganar el control de las ciudades y de los centros de producción más importantes de la república. Jalisco, que contribuía a la producción nacional de alimentos y era importante fuente para el reclutamiento, se convirtió en campo de guerra en la primavera de 1914. En una de las principales batallas, el ejército constitucionalista de Carranza rodeó Guadalajara, ciudad capital, en un esfuerzo por obligar a los federales a retirarse. Doce mil soldados federales protegían la ciudad pero, en la siguiente batalla, los constitucionalistas les derrotaron de manera contundente.<sup>59</sup> Murieron dos mil soldados federales y otros seis mil fueron tomados prisioneros. Para las fuerzas constitucionalistas, la victoria en Guadalajara limpió Jalisco de federales, así el camino a la ciudad de México se volvió más

<sup>57</sup> Edwin Walter Kemmerer, *Inflation and Revolution: Mexico's Experience of 1912-1917* (Princeton: 1940), 48-49; Francisco Bulnes, *The Whole Truth about Mexico: President Wilson's Responsibility* (Nueva York: M. Bulnes Book, 1916), 312.

<sup>58</sup> Thomas Edward Gibbon, *Mexico under Carranza* (Garden City, N.Y.: Doubleday-Page, 1919), 8. Algunos observadores internacionales sugirieron la idea de ofrecer asilo en territorios neutrales dentro de la república. Véase “The Mexican War: Prisoners and Refugees”, *Outlook*, 24 de enero de 1914, 147.

<sup>59</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution: The Constitutionalist Years* (Austin: University of Texas Press, 1972), 139.

expedito. Los ganadores, no obstante, habían destruido las líneas ferroviarias en una zona muy amplia de la región central, dejando a los habitantes de Jalisco sin conexión con la ciudad de México. Una vez cortada la comunicación con la capital, que a esas alturas había caído bajo el control de Francisco Villa, los refugiados huyeron hacia el norte.

En 1914, la Revolución llegó por primera vez hasta Monterrey, la ciudad más importante del norte de México. Después de una batalla de tres días, un testigo comentó que “una nube de oscuridad y miedo se adueñó de la ciudad”. El ataque tomó a los habitantes por sorpresa, pues sólo unos cuantos esperaban que las recientemente organizadas fuerzas constitucionalistas tomaran las zonas urbanas del norte como campo de batalla. Meses después, los habitantes seguían viviendo con miedo. Los informes confirmaron el impacto y la fractura causados por la lucha. “La ciudad está ahora llena de tropas”, escribió un reportero.<sup>60</sup> Los soldados ocupaban los edificios públicos, los teatros, las casa privadas desocupadas; los oficiales se acomodaban por doquier. Las fuerzas rebeldes fallaron en sus intentos por capturar la ciudad. Lo que sí consiguieron, en cambio, fue volar las vías ferroviarias fuera de la ciudad, cortando de ese modo la comunicación entre Monterrey y la ciudad de México. El peligro de viajar y de recorrer el campo durante esos días forzó a muchos regiomontanos a permanecer en la ciudad hasta después de 1915, cuando los frentes de batalla se trasladaron a otras localidades.<sup>61</sup>

En la región de la meseta central, de donde eran originarios la mayor parte de los primeros inmigrantes a Los Ángeles, la Revolución tuvo un impacto momentáneo. Las haciendas cerraron, debido a que los campesinos desaparecieron, ya fuera para unirse a los ejércitos rebeldes o para buscar sustento en otras zonas más estables de la nación. En 1913, un año antes de que los rebeldes iniciaran las etapas militares cruciales del conflicto, un observador de *Outlook* comentó los devastadores efectos de la lucha sobre la economía de la región central.<sup>62</sup> Al norte de Zacatecas, uno de los estados mine-

<sup>60</sup> H. Hamilton Fyfe, *The Real Mexico: A Study on the Spot* (Londres: Heinemann, 1914), 5; véase también “Three Years...”, 759-761.

<sup>61</sup> Fyfe, *The Real Mexico...*, 53. Para una descripción de la guerra en la región oeste, véase Arthur Dunn, “War on the West Coast”, *Sunset* 33 (julio de 1914): 145-151.

<sup>62</sup> “The Situation in Mexico”, *Outlook*, 30 de agosto de 1913, 1003-1004.

ros más ricos de la república, no existía “una sola mina o industria manufacturera de cualquier tipo que [se mantuviera] trabajando, y al sur de Zacatecas no había nada funcionando a dieciséis kilómetros del ferrocarril”.<sup>63</sup>

Enrique F. Vásquez, entrevistado en Los Ángeles cincuenta años después de emigrar a Estados Unidos, recordó haber perdido su trabajo en Zacatecas, su estado natal, porque la Revolución causó el colapso de la industria minera.<sup>64</sup> Aun así permaneció tres años en diversos trabajos haciendo un esfuerzo por sostener a su familia. Por veinte centavos al día (doce centavos de dólar) trabajó como conductor de mulas para llevar naranjas a los mercados locales; después, como velador en una hacienda. Aun cuando estaba disponible 24 horas al día, siete días a la semana, ganaba menos de dos pesos a la semana, el salario normal en Zacatecas para trabajo no calificado. En 1913, a la edad de 23, partió a Estados Unidos. Luego de trabajar varios años en el medio oeste, al principio en los campos ferroviarios y luego como comerciante, se asentó en Chicago. Su estancia en Estados Unidos llegó a un final abrupto en 1931, cuando se convirtió en uno de los miles que fueron repatriados a México por el gobierno de Estados Unidos.<sup>65</sup>

En coincidencia con la nueva situación militar dentro de México, los agentes ferroviarios intensificaron el reclutamiento de trabajadores mexicanos. De 1913 a 1915, la guerra redujo el número de emigrantes que iban por su cuenta a Estados Unidos. En nombre de las compañías ferrocarrileras, estos agentes visitaron pueblos jaliscienses y docenas de otras comunidades en el centro de México en busca de trabajadores para la construcción de las vías ferroviarias. Paul S. Taylor observó que habían sido reclutados varios trabajadores de Arandas, Jalisco, unos meses antes de la batalla de Guadalajara y que los agentes los habían llevado en automóvil al depósito del ferrocarril

<sup>63</sup> *Ibid.*, 1004. Véase también Clarence Senior, *Land Reform and Democracy* (Gainesville: University of Florida Press, 1958), 49.

<sup>64</sup> Entrevista con Enrique Félix Vásquez (Los Ángeles: 1 de febrero de 1972).

<sup>65</sup> El programa de repatriación del medio oeste es abordado por Neil Betten y Raymund A. Mohl, “From Discrimination to Repatriation: Mexican Life in Gary, Indiana, during the Great Depression”, en Norris Hundley, ed., *The Chicano* (Santa Bárbara, Calif.: Clio Books, 1975), 124-143.

para ponerlos en el tren que iba al norte. Los agentes pagaron los gastos de los parroquianos a la frontera, a pesar de que estas prácticas estaban prohibidas por las leyes de inmigración de Estados Unidos.<sup>66</sup>

Ernesto Galarza, escritor y sindicalista, recuerda que su familia fue reclutada para trabajar en el ferrocarril en circunstancias similares. Galarza vivía con su madre y dos tíos en Tepic, Nayarit, durante los primeros meses de la Revolución. Él recuerda la noche cuando su tío Gustavo anunció “que había hablado con un reclutador de trabajadores del Southern Pacific Railroad”. El agente contrató a los dos tíos de Galarza. “El arreglo fue que Gustavo y José nos darían el anticipo del Southern Pacific para que subsistiéramos temporalmente”. Con estas medidas, el reclutamiento continuó hasta fines de la década de los veinte.<sup>67</sup>

Con la tensión de la rebelión, la economía mexicana se salió de control. En un momento cuando las industrias y la agricultura de Los Ángeles absorbían a miles de trabajadores anualmente y ofrecían un salario a los no calificados de entre diez y veinte dólares semanales, los salarios en México disminuyeron año tras año durante el periodo de 1910 a 1920.<sup>68</sup> Las estadísticas de este periodo son escasas y los investigadores deben basarse en estimaciones proporcionadas por observadores de la época. Además, los salarios variaban significativamente en las distintas regiones de México. En marzo de 1916, E.D. Trowbridge, al referirse a las empresas de servicio público en la ciudad de México, observó que la percepción diaria de casi tres mil empleados era menor a ocho centavos de dólar.<sup>69</sup> Un buen número de académicos que visitaron México varios años después encontraron perfiles semejantes. Paul S. Taylor estimó que, en el periodo de 1914 a 1915, los trabajadores agrícolas ganaban entre doce y dieciséis centavos al día. Francisco Bulnes, designado por el régimen de Díaz, estimó que los salarios de los peones habían disminuido a 18 centavos, aproximada-

<sup>66</sup> Paul S. Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, Mexico* (Berkeley: University of California Press, 1933), 36.

<sup>67</sup> Ernesto Galarza, *Barrio Boy* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1971), 99.

<sup>68</sup> “Mexican Invaders Relieving Our Farm-Labor Shortage”, *Literary Digest*, no. 66, 17 de julio de 1920, 54.

<sup>69</sup> E.D. Trowbridge, *Mexico To-day and To-morrow* (Nueva York: Macmillan, 1920), 169; Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community...*, 24; Bulnes, *The Whole Truth...*, 312.

mente nueve centavos de dólar, mientras que los trabajadores calificados podían esperar obtener un salario apenas superior a un peso.

Un gran número de inmigrantes, que llegaron a Los Ángeles durante la década de los diez, dejaron su país con la idea de trabajar fuera durante un breve lapso, ahorrar y regresar a México cuando la paz se hubiera restablecido. Como lo expresó un observador: “Veían a sus hermanos y amigos regresar de Estados Unidos calzando zapatos y buena ropa”.<sup>70</sup> Un refugiado de guerra, Jesús Moreno, llegó a Los Ángeles en 1915 a la edad de nueve años con sus padres y tres hermanos. Sus experiencias son comunes a muchos de los que llegaron en ese periodo. Su recuerdo de El Paso, donde su familia permaneció algunos meses antes de asentarse en Los Ángeles, es el de una ciudad en constante flujo. “Íbamos huyendo de la rebelión —expresó Moreno—, [y] había muchos [otros] refugiados mexicanos en aquel momento en El Paso”. La familia Moreno rentó una pequeña casa en el barrio de East Los Angeles, en espera de que la Revolución “terminara en unos cuantos meses”. No inscribieron a sus hijos en las escuelas públicas de Los Ángeles durante casi un año porque creían que regresarían a México en cualquier momento. Jesús asistió a la escuela solamente durante dos años y finalmente aceptó un trabajo como mensajero en una farmacia. Como cientos de otros inmigrantes en Los Ángeles, la familia decidió no regresar a México cuando la lucha terminó en 1920.<sup>71</sup>

Si bien los contratistas contribuyeron al desplazamiento de trabajadores hacia Los Ángeles, también influyó el hecho de que el gobierno mexicano no impusiera una política restrictiva a la emigración. Durante la Revolución, los gobiernos de Victoriano Huerta y de Venustiano Carranza concentraron su atención en otras prioridades. Ninguno de los dos líderes contaba con recursos para detener el éxodo de trabajadores mexicanos fuera del país. Manuel Gamio, influyente

<sup>70</sup> Fyfe, *The Real Mexico...*, 67-68; véase también “The Mexican Invaders of El Paso”, *Survey* 36, 8 de julio de 1916, 380-381.

<sup>71</sup> Entrevista con Jesús Moreno (Los Ángeles: 15 de noviembre de 1972). Algunos empresarios estadounidenses en México informaron, en mayo de 1924, que en el norte de la ciudad de México los trabajadores ganaban entre 1.50 y dos dólares al día y “con sólo cruzar la frontera con Estados Unidos, los salarios son cerca del doble de lo que se paga en el norte de México”. Véase “Mexican Labor and Foreign Capital”, *Independent*, no. 112, 24 de mayo de 1924, 276.

integrante de la Secretaría de Fomento durante el gobierno de Carranza, sugirió en su estudio *Forjando patria* (1916) que el gobierno podía mejorar la economía si enviara a “nuestros trabajadores a centros industriales extranjeros para que incorporen las experiencias extranjeras en sus aptitudes industriales tradicionales”.<sup>72</sup> Hacia 1918, el gobierno mexicano creía que si algún trabajador hubiera seguido las sugerencias de Gamio, ya habría regresado. Ese año *La Prensa de Los Ángeles* publicó numerosos artículos que subrayaban las excelentes oportunidades que tenían en México los trabajadores oriundos. Tal propaganda se ligaba a los exitosos esfuerzos del gobierno mexicano por encontrar empleos para “miles de mexicanos que regresaron a nuestro país durante los últimos meses”. Los gobernadores de Baja California y de Coahuila declararon que había trabajo para más de ocho mil hombres. “Para los trabajadores que no deseen permanecer en los estados de Durango y Chihuahua se han hecho todos los arreglos, incluyendo transporte y comida, para trabajar en Yucatán, donde se pagan los salarios más altos de México”.<sup>73</sup>

Carranza reconoció que los mexicanos que emigraron a Estados Unidos encontraron muchas privaciones allá y como presidente hizo diversos intentos para llegar a un acuerdo entre el movimiento laboral de México y el de Estados Unidos. Por exigencias del presidente del AFL, Samuel Gompers, los representantes de Carranza viajaron a Washington en 1916 para asistir a una reunión en que se discutió la integración de un sindicato internacional de trabajadores. El propósito detrás de la creación de esta organización era facilitar la sindicalización de mexicanos en el suroeste de Estados Unidos y de los estadounidenses en México. Sin embargo, cuando la guerra en Europa llegó a su fin, Gompers, preocupado porque los extranjeros habían ocupado miles de trabajos que pertenecían a los estadounidenses, perdió interés en la aventura de cooperación laboral con México.<sup>74</sup>

<sup>72</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria*, 2ª ed. (México: Porrúa, 1960 [1916]), 147. Los esfuerzos de Carranza por lograr la estabilidad interna son analizados por Douglas W. Richmond, “El nacionalismo de Carranza y los cambios socioeconómicos: 1915-1920”, *Historia Mexicana* 26 (julio-septiembre de 1976): 107-131.

<sup>73</sup> *La Prensa de Los Ángeles*, 23 de febrero de 1928.

<sup>74</sup> “For a Pan American Movement”, *Survey* 36, 15 de julio de 1916, 402-404; “Mexican Labor Conference in Washington”, *Survey* 36, 8 de julio de 1916, 382. Gompers observó que, en las huelgas mineras de Arizona de 1915, los trabajadores estadounidenses y mexicanos habían

La primera guerra mundial (1914-1918) dio un ímpetu sin precedente a la actividad económica en el sur de California e incrementó por ende la necesidad de trabajadores no calificados en esa región. Esto contribuyó a la decisión de muchos trabajadores mexicanos de abandonar las zonas urbanas de México para buscar mejores perspectivas en Los Ángeles y en otras ciudades de Estados Unidos. Esta inmigración se hizo evidente particularmente en 1917 y 1918 cuando, a pesar de la esperanza creciente entre los mexicanos de que la Revolución llegaba a su fin, las condiciones de vida en México no habían mejorado. Thomas Edward Gibbon, residente de Los Ángeles, visitó la ciudad de México en 1918 e informó que su población había alcanzado el millón de habitantes, factor que generaba incrementos en los precios de las rentas y de la alimentación.<sup>75</sup> Otros informes muestran que, alrededor de 1917, los comercios se encontraban en desventaja “por la falta de un sistema de crédito y por las restricciones de circulante”, el cual, de acuerdo con fuentes informadas, representaba apenas la mitad del volumen total del periodo prerrevolucionario.<sup>76</sup>

La primera guerra mundial estimuló la exportación de petróleo, algodón y henequén a Estados Unidos, pero el número de personas adicionales que requirieron estos sectores de la economía tuvo sólo un leve impacto en disminuir las cifras de desempleo. Efectivamente, en 1917, la mayoría de los trabajadores en los campos petroleros eran estadounidenses. El incremento en la exportación de bienes, la mayor parte a través del ferrocarril, mantuvo abierto el tránsito entre México y Estados Unidos, lo que dio a los inmigrantes la oportunidad de utilizar los trenes para viajar al norte. Las ventas de suministros para la guerra a Estados Unidos provocaron también la necesidad de mantenimiento y reparación de las vías que conectaban los campos petroleros y las zonas altamente productivas de algodón y henequén.

---

“permanecido hombro a hombro” y que le hubiera gustado ver extenderse esta clase de cooperación en ambos lados de la frontera. (“For a Pan American Movement”, 402). Para un análisis completo de esta interacción, véase Ricardo Romo, “Responses to Mexican Immigration, 1910-1930”, *Aztlán: International Journal of Chicano Studies Research* 6 (1975): 173-194.

<sup>75</sup> Gibbon, *Mexico under Carranza*, 31.

<sup>76</sup> “The Present State of Mexico”, *American Review of Reviews* 56 (septiembre de 1917): 281.

Un comentarista observó que “se siguió proporcionando el servicio regular del tren de Laredo a México durante algunos meses [en 1917], sólo con algunas interrupciones”.<sup>77</sup>

La recuperación económica de México, que tuvo un estímulo durante los años de la guerra, fue más evidente en la producción de materias primas. Durante esos años de guerra, el algodón alcanzó una producción récord de 79 000 toneladas métricas en 1918, tres veces más de lo que se había producido al final del siglo bajo el mandato de Díaz.<sup>78</sup> La demostración más fehaciente de la recuperación de México en el terreno económico fue la extracción de petróleo crudo. Ésta, que sumó un total de doce millones de barriles en 1911, llegó a los 156 000 000 de barriles en 1920.<sup>79</sup> La industria de la guerra abrió nuevos puestos para los trabajadores mexicanos, no obstante que los de estas industrias continuaron explorando la posibilidad de vender su trabajo al norte del Río Bravo.

La primera guerra mundial fue también beneficiosa para la industria mexicana del henequén. Aunque crece principalmente en dos estados, Yucatán y Campeche, éste se encontraba en segundo lugar después del algodón como el producto agrícola más importante entre las décadas de 1880 y 1920. Antes de la primera guerra, el henequén era utilizado exclusivamente para amarrar costales de las cosechas de trigo estadounidense y europeo. Cuando estalló la conflagración, su demanda se intensificó para ser utilizado también en los barcos y en las industrias de empaque. Mientras la producción fue alta, muchos de los trabajadores que habían huido de las plantaciones durante la Revolución decidieron no regresar.<sup>80</sup>

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> Charles C. Cumberland, *Mexico: The Struggle for Modernity* (Nueva York: Oxford University Press, 1968), 372.

<sup>79</sup> Chester Lloyd Jones, *Mexico and Its Reconstruction* (Nueva York: D. Appleton, 1921), 206-208. Véase las cifras de producción de petróleo como claro indicador del crecimiento económico en Wilkie, *The Mexican Revolution...*, 197.

<sup>80</sup> Cleland, *The Mexican Year Book...*, 242; Schnitzler, ed., *The Republic of Mexico...*, 63, 145, 167; Kemmerer, *Inflation and Revolution...*, 41.

## IV

Después de la muerte de Zapata en 1919 y de Carranza en 1920, comenzó a menguar la violencia que acompañó la Revolución. Una nueva era se inició con las elecciones de 1920. No obstante, las fuerzas que llevaron a un número récord de mexicanos a abandonar su patria en la década posterior a la Revolución demostraron que, para millones de campesinos sin tierra, el final de ésta no les prometía sino pálidamente un mejor futuro; los factores económicos siguieron constituyendo la más importante y única razón para que abandonaran México, si bien otros factores de “presión” revistieron cierta importancia.<sup>81</sup>

En la década de los veinte, los líderes mexicanos, con la Constitución, prometieron a las masas mayores privilegios laborales, libertad religiosa a través de la separación de la Iglesia y el Estado y la redistribución de la tierra. Sin embargo, de acuerdo con un historiador mexicano, “mientras las principales metas de los trabajadores estaban plasmadas nominalmente en las leyes, los empresarios locales y las empresas extranjeras disfrutaban de privilegios especiales”.<sup>82</sup> Ciertamente, en el terreno laboral, los líderes mexicanos prometieron mejores días por venir. “La verdad es —dijo el presidente Plutarco Elías Calles a un reportero de *El Demócrata* el 18 de abril de 1924— que, hasta ahora, la industria, la agricultura y la minería en México han sido fundadas y desarrolladas a costa del estómago de los trabajadores, es decir, sobre la base del salario más bajo que permitiera a los trabajadores seguir viviendo”. Calles reconoció que las garantías que ofrecía al trabajo la Constitución de 1917 no eran tan amplias como para que mejorara considerablemente. En una reunión de partido en Morelia, Michoacán, en 1924, Calles dijo: “Quiero ver a las industrias florecer y desarrollarse. Sólo les pido que las relaciones entre industriales y trabajadores se establezcan sobre bases más humanas. Pido a los industriales que consideren al trabajador

<sup>81</sup> Wayne A. Cornelius, *Mexican Migration to the United States: Causes, Consequences, and U.S. Responses* (Cambridge, Mass.: Center for International Studies, MIT, 1978), 13-18. Véase también Samuel Taylor Moore, “Smuggled Aliens”, *Independent*, no. 112, 24 de mayo de 1924, 273-274, 296.

<sup>82</sup> Ramón Eduardo Ruiz, *Labor and the Ambivalent Revolutionaries: Mexico, 1911-1923* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976), 31.

como algo menos que una máquina y como algo más que una bestia [...]”.<sup>83</sup>

El nivel de salarios es la mejor demostración de las condiciones en que se encontraban los trabajadores mexicanos durante los veinte. En la deprimida economía mexicana de principios de esa década, los trabajadores agrícolas ganaban menos de un peso (aproximadamente 50 centavos de dólar) al día. En 1925, Nathan L. Whetten encontró que los trabajadores rurales peor pagados en México —los que provenían de los estados centrales de Guanajuato y Michoacán, quienes recibían un salario diario de 35 a 41 centavos de dólar en México (el más bajo en la república)— difícilmente ganaban lo necesario para mantener a una familia promedio. Las estadísticas gubernamentales de México indican que los mineros, que estaban entre los trabajadores industriales mejor pagados, ganaban solamente 1.25 dólares al día durante la década de los veinte. En Arandas, Jalisco, Paul S. Taylor calculó que los salarios de los trabajadores urbanos, que en 1915 habían alcanzado el récord máximo de 75 centavos de dólar debido al surgimiento de las industrias de guerra, realmente se habían incrementado muy poco: en promedio un dólar al día hacia 1928.<sup>84</sup> Ernest H. Gruening, senador de Estados Unidos quien visitara México en 1928, halló que los trabajadores urbanos ganaban de 3 a 4 pesos al día si tenían empleos no calificados y de 6 a 10 pesos diarios si estaban calificados.<sup>85</sup>

José Novoa, quien se ganaba la vida en Los Ángeles a fines de los veinte como trabajador de la compañía ferrocarrilera de Santa Fe, fue uno de los muchos emigrantes que abandonaron México durante la década posrevolucionaria. En 1924, año de su emigración, trabajaba como recolector de basura para el municipio de Maravilla, Zacatecas. Como laboraba siete días a la semana por un salario diario de 1.25 pesos, equivalente a 62 centavos de dólar, Novoa partió en busca de una vida mejor. Con la ayuda de un tío que ya trabajaba en Estados

<sup>83</sup> De la colección de discursos de Calles publicada en Plutarco Elías Calles, *Mexico before the World* (Nueva York: New York Academy Press, 1927), 59.

<sup>84</sup> Whetten, *Rural Mexico...*, 261; Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community...*, 24. Los mexicanos enfrentaron también épocas difíciles a principios de la década de 1920. Véase, Lawrence A. Cardoso, “La repatriación de braceros en época de Obregón: 1920-1923”, *Historia Mexicana* 26 (abril-junio de 1977): 576-595.

<sup>85</sup> Ernest H. Gruening, *Mexico and Its Heritage* (Nueva York: Century, 1928), 347.

Unidos, y acompañado por su abuelo, un ferrocarrilero temporal, el joven José cruzó la frontera norte por Ciudad Juárez, Chihuahua.<sup>86</sup>

No era poco frecuente que los migrantes a Los Ángeles hubieran sido parte del flujo migratorio en su propio país, como fue el caso de Carlos Almazán, quien creció en una pequeña granja en Zamora, Michoacán, y de muy joven partió a la ciudad de México, donde se dedicó a administrar una carnicería. Más adelante se volvió comerciante de frutas. Cuando perdió todos los recursos invertidos en ese negocio, emigró al norte. Cruzó El Paso en 1923 y siguió su camino hacia Los Ángeles, donde después de dos días encontró empleo como trabajador manual en la compañía Simons Brick del barrio de East Los Angeles.<sup>87</sup>

Los críticos del gobierno mexicano vieron la emigración como signo de la incapacidad de México para resolver sus problemas. Uno de esos críticos, Marcelo Villegas, escribió en 1928: “El pueblo de México, con el deterioro de las industrias y la falta de cultivo de las tierras, está destrozado, hambriento y se ve empujado a abandonar su propio país”.<sup>88</sup> Una severa disminución de la población en muchos estados de México, entre 1910 y los primeros años de la década de los veinte, reflejó la fuerte emigración de trabajadores a Estados Unidos. Excepto dos, todos los estados que padecieron una importante emigración registraron pérdidas poblacionales. La emigración más importante fue de Guanajuato, Michoacán, Jalisco y San Luis Potosí, los cuales contribuyeron grandemente a la integración de la colonia mexicana de Los Ángeles. Las dos excepciones, el Distrito Federal y Coahuila, perdieron pobladores que emigraron a Estados Unidos y, sin embargo, registraron pequeños aumentos poblacionales entre 1921 y 1930. Durango, que había registrado un crecimiento poblacional de 2.64 por ciento entre 1900 y 1910, sufrió una baja de 3.22 por ciento entre 1910 y 1921 y experimentó un incremento poblacional casi normal, de 2.16 por ciento entre 1921 y 1930. Al mismo tiempo, Baja California\* registró un incremento poblacional casi dos veces supe-

<sup>86</sup> Entrevista con José Novoa, Los Ángeles, 8 de septiembre de 1972.

<sup>87</sup> Gamio, *The Life Story...*, 87-88.

<sup>88</sup> Marcelo Villegas, “The Soviet System, Mexican Style: The Red Thread in the Mexican Maze”, *Outlook*, 17 de octubre de 1928, 969.

\* El estado de Baja California fue proclamado constitucionalmente en 1952, antes era el Territorio de Baja California Norte (n. del trad.).

rior a cualquiera de los principales estados del interior de México que registraron importantes emigraciones.<sup>89</sup>

Pocas mujeres solteras emigraron a Los Ángeles durante la década de los veinte. En casi cada ciudad que registró inmigración mexicana, los hombres constituían una mayor proporción frente a las mujeres, y difícilmente éstas salían solas de México. En la mayoría de los casos, la familia emigraba en grupo o el esposo cruzaba solo a Estados Unidos y mandaba traer a su mujer e hijos cuando había encontrado trabajo y lugar donde vivir. Había, no obstante, sus excepciones, como es el caso de Elisa Silva, quien en 1924, a la edad de veinte años, dejó su casa en Mazatlán, Sinaloa, con su madre viuda y dos hermanas. Su decisión de vender todas sus pertenencias para emigrar a Estados Unidos derivó de la información que recibió en el sentido de “que había buenas oportunidades para ganar dinero en Los Ángeles, trabajando como extras en las películas y de otras formas”.<sup>90</sup>

Durante la década de los veinte, el descontento laboral seguía inquietando a los líderes políticos de la república. En 1925, Moisés Sáenz, subsecretario de Educación Pública, proporcionó datos estadísticos que mostraban una disminución en el número de huelgas en los años de 1922 a 1925, como prueba del “creciente bienestar de la clase trabajadora”. Aun cuando Sáenz afirmaba que los salarios de los trabajadores habían aumentado, concluía que “si bien ha habido un claro mejoramiento de los salarios, lo que recibe el promedio de los trabajadores no es suficiente para atender las elementales necesidades del hombre civilizado”.<sup>91</sup> El punto central, como muchos lo veían, se refería al número de concesiones que el gobierno estaba dispuesto a dar a los trabajadores. Como manifestó el historiador Ramón Eduardo Ruiz, el presidente Álvaro Obregón “mantuvo intacto el sistema capitalista, favoreció generalmente a los patrones, entorpeció el desarrollo de los sindicatos, pervirtió las ideas del federalismo y burló los ideales de la Revolución”<sup>92</sup> durante los primeros años de la déca-

<sup>89</sup> DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 33.

<sup>90</sup> Gamio, *The Life Story...*, 159.

<sup>91</sup> Moisés Sáenz y Herbert I. Priestley, *Some Mexican Problems* (Chicago: University of Chicago Press, 1926), 44, 50.

<sup>92</sup> Ruiz, *Labor...*, 94.

da de los veinte. Todas estas políticas actuaban en contra de los incrementos a los salarios reales de los trabajadores de la industria.

Adicionalmente a la debilidad del movimiento laboral, las inequidades del sistema educativo contribuyeron fuertemente a los bajos salarios de los trabajadores y consecuentemente a su tendencia a emigrar a Estados Unidos. En los años prerrevolucionarios, sólo las clases altas se habían dado el lujo de una educación más allá de la elemental. En 1920, los líderes mexicanos destinaron un número de recursos sin precedente a los educadores con el propósito de terminar con el analfabetismo. Los obstáculos para educar a las masas y eliminar el analfabetismo eran verdaderamente formidables. Las estadísticas del gobierno mostraban que, durante esos años, 60 por ciento de la población no sabía leer ni escribir. Más aún, en la década posterior a la Revolución, sólo una pequeña minoría de la población mexicana tenía la oportunidad de asistir a clases en la universidad.<sup>93</sup>

La reforma de los años posrevolucionarios estaba ligada no sólo a la educación sino a prácticamente todas las instituciones nacionales de envergadura. Inmediatamente después de que la nación había conmemorado sus primeros cinco años de paz, comenzaron las dificultades con el pleito entre la Iglesia Católica Romana y los reformistas políticos en el gobierno. El conflicto religioso atrapó a México por casi tres años, enfrentando a dos poderosos grupos sobre la cuestión de “quien controlaba al pueblo mexicano”. La jerarquía católica y los políticos se disputaban la educación, la distribución de la tierra y la organización del trabajo.

El decreto del 14 de junio de 1926, del presidente Plutarco Elías Calles, que ordenó la aplicación estricta de las disposiciones constitucionales sobre la religión, detonó la confrontación entre la Iglesia y el Estado. Estas disposiciones hacían ilegal que los ministros extranjeros participaran en actos religiosos, prohibían la participación de la Iglesia en la educación y dejaban fuera de la ley el funcionamiento de las órdenes monásticas y los conventos. Los católicos mexicanos “respondieron con vehemencia a la publicación del decreto”.<sup>94</sup> La

<sup>93</sup> William English Walling, *The Mexican Question* (Nueva York: Robin Press, 1927), 69; véase también Rafael Nieto, “Mexico Yesterday and Today”, *Living Age*, no. 326, 4 de julio de 1925, 7-11.

<sup>94</sup> Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929* (Bloomington: Indiana University Press, 1973), 176.

controversia afectaba distintas cuestiones y ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder. Un académico de la época señaló que el clero católico había acusado al presidente Calles de aplicar políticas bolcheviques que intentaban cambiar completamente la vida y el régimen legal del pueblo mexicano. En la convención anual de los Caballeros de Colón, los líderes católicos convocaron a los integrantes de la organización para reunir un millón de dólares con el fin de lanzar una campaña de educación “tendiente a eliminar las políticas de la Rusia soviética de la filosofía de la vida mexicana”.<sup>95</sup> La Iglesia financió y organizó un boicot económico que produjo escasos resultados tangibles, de hecho no hubo alteración en los negocios. El gobierno de Estados Unidos, que durante esa época sostenía reuniones de alto nivel con México sobre las implicaciones de la Constitución de 1917 sobre los privilegios de los estadounidenses relativos a la propiedad y la perforación de pozos petroleros, decidió asumir una postura muy cuidadosa respecto al conflicto religioso. Sin embargo, el 15 de agosto de 1926, los agentes del gobierno de Estados Unidos se alinearon con Calles al arrestar en San Diego, California, al líder de la facción católica, el general Enrique Estrada, secretario de la Defensa en tiempos del presidente Obregón, junto con 174 seguidores. La mayor parte de los hombres habían sido reclutados cerca de Los Ángeles.<sup>96</sup>

En Jalisco, hogar de miles de emigrados a Los Ángeles durante la década de 1920, la Iglesia agrupó a muchos seguidores y el Estado se convirtió en campo de batalla de la confrontación religiosa conocida como movimiento cristero. Relatos sobre la actividad de los rebeldes en Jalisco circularon por todo México, mientras los funcionarios mexicanos tenían que enfrentar rumores en el sentido de que la administración de Coolidge “estaba haciendo planes para fomentar una revolución en México o para entrar en guerra con esa nación”.

<sup>95</sup> Charles W. Hackett, “Mexican President Accused of Bolshevism by Church”, *Current History* 25 (octubre de 1926): 120, 121; véase también ídem, “Mexican Government Frees Imprisoned Catholics”, *Current History* 26 (septiembre de 1927): 958-960. En Los Ángeles, el presidente provisional anterior, Adolfo de la Huerta, emitió una declaración el 5 de mayo de 1927 en el sentido de que había más de treinta mil hombres armados peleando en contra del gobierno de Calles. Véase “Mexico”, *Current History* 26 (julio de 1927): 637.

<sup>96</sup> Hackett, “Mexican President Accused”, 121.

En julio de 1927, oficiales del ejército mexicano declararon “zona neutral” una extensión de 12 872 kilómetros cuadrados en Los Altos, Jalisco, y ordenaron que todos se concentraran “en doce pueblos específicos a riesgo de ser considerados rebeldes”. Carleton Beals, antropólogo estadounidense que hacía trabajo de campo en Jalisco durante el conflicto, informó que las consecuencias de esta acción militar habían resultado en una pesada carga sobre los pequeños agricultores y sobre la clase trabajadora en general. La gente pobre, señaló Beals, “tiene que dejar su casa y su seguridad. Todo lo que ha dejado atrás quedó a merced absoluta de bandas de asaltantes y de soldados pillos”.<sup>97</sup> En Arandas, Jalisco, Paul S. Taylor encontró que un gran número de personas emigraron a Estados Unidos durante el movimiento cristero. Estimó que cuatrocientas personas se marcharon de Arandas en 1926, seiscientas en 1927 y doscientas en 1928.<sup>98</sup>

El movimiento cristero alcanzó su punto más álgido en abril de 1927. Lo que cambió todo fue el ataque de los rebeldes al tren de pasajeros que iba de Guadalajara a la ciudad de México. Los rebeldes, unos quinientos, descarrilaron el tren y le prendieron fuego, matando a guardias y pasajeros, luego echaron gasolina al vagón de pasajeros quemando tan seriamente a varias personas que quedaron imposibilitadas para moverse. Los rebeldes huyeron después de haber tomado 150 000 pesos del vagón de correo y todo el equipaje. La confirmación del campamento rebelde de que el ataque había sido encabezado por dos sacerdotes produjo un predecible escándalo en la prensa. El número de pasajeros y de guardias asesinados nunca fue determinado, las estimaciones varían entre cien y ciento cincuenta muertos.<sup>99</sup> A partir de entonces, las fuerzas católicas se tornaron masivamente impopulares y se convirtieron en el blanco de las represalias del gobierno.

Estos conflictos internos formaban parte de los problemas del gobierno mexicano en su reorganización administrativa. El presidente

<sup>97</sup> Carleton Beals, “Civil War in Mexico”, *New Republic*, no. 51, 6 de julio de 1927, 166; véase también “Mexico and Central America”, *Current History* 26 (mayo de 1927): 310.

<sup>98</sup> Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Community...*, 39.

<sup>99</sup> Quirk, *The Mexican Revolution*, 208; véase también Victor Alba, *The Mexicans: The Making of a Nation* (Nueva York: Praeger, 1967), 161-162; y David C. Bailey, *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1974), 141-142.

Calles se quejó, durante la controversia con la Iglesia de que las cuestiones clericales habían surgido en un momento cuando estaba “profundamente preocupado con la solución de los grandes problemas nacionales”, que incluían “la educación pública, el desarrollo industrial y agrícola del país y el movimiento social contemporáneo”.<sup>100</sup>

El gobierno enfrentó su mayor reto y disfrutó su menor éxito en la cuestión de la reforma agraria. La Constitución de 1917 había prometido tierra a los campesinos. Bajo el mandato del presidente Obregón, el Congreso mexicano había aprobado la Ley Ejidal, que prometía distribuir dieciséis millones de hectáreas controladas por el gobierno a los campesinos. No obstante, hacia mediados de la década de los veinte, el gobierno había distribuido solamente 3.2 por ciento de esos terrenos.<sup>101</sup> Frank Tannenbaum, historiador estadounidense que estaba de visita en México en 1928, escribió que “incluso hoy, aproximadamente 75 por ciento de todas las comunidades de México está ubicado dentro de propiedad privada y [...] en algunos de los estados la proporción puede ser del orden de 90 por ciento del total de los lugares habitados”.<sup>102</sup> Tan alta concentración de tierra en tan pocas manos y el hecho de que más gente trabajaba más duro en el campo durante la década de los veinte que en la precedente probaban la ausencia de cambios fundamentales en los dos primeros mandatos presidenciales de la república. En efecto, buena parte de la tierra distribuida durante esta década como medio para paliar el descontento agrario era tierra que no había sido cultivada anteriormente. Carentes de equipo moderno y de suficientes sistemas de riego, los pequeños campesinos se percataron de que las pequeñas parcelas recibidas difícilmente podrían proporcionarles más que un nivel mínimo de subsistencia.<sup>103</sup>

<sup>100</sup> Calles, *Mexico before the World*, 125. Sobre la cuestión agraria, véase Ricardo J. Zevada, *Calles el presidente* (México: Nuestro Tiempo, 1971), en especial los capítulos 6 y 7; y Frank Tannenbaum, *Peace by Revolution: An Interpretation of Mexico* (Nueva York: Columbia University Press, 1933), 187-257.

<sup>101</sup> Sáenz y Priestley, *Some Mexican Problems...*, 123.

<sup>102</sup> Frank Tannenbaum, “Making Mexico Over”, *New Republic*, no. 55, 18 de julio de 1928, 216.

<sup>103</sup> Eyer Simpson, *The Ejido, Mexico's Way Out* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1937), 34-35; Frank R. Brandenburg, *The Making of Modern Mexico* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1964), 69.

En una reunión pública de su partido en Morelia, Michoacán —región lacerada por el alto desempleo y una reforma agraria casi inexistente— el presidente Plutarco Elías Calles expuso que todos los grandes terratenientes percibirían grandes utilidades por medio de la distribución de tierras entre todos los pueblos de la república, “porque, entonces [los terratenientes] estarían impelidos a cultivar toda la tierra que les resta, convirtiéndose a sí mismos en verdaderos agricultores bajo la espuela de la necesidad”.<sup>104</sup> Esta lógica resultaba de poco peso para quienes estaban acostumbrados a poseer enormes haciendas. La distribución de la tierra no se volvería una realidad en México a menos que el gobierno pusiera todos sus recursos para apoyarla.

Un caso particular, el de Ramón García, ilustra lo que ganaban los pequeños agricultores en la meseta central durante 1920. García, nacido en 1906, pasó su primera juventud ayudando a su padre a cuidar un pequeño número de cabezas de ganado y cosechando alimento. A pesar de que la familia sobrevivió el periodo revolucionario sin mayores complicaciones, los años de la posguerra la dejaron con la sola promesa de un futuro apenas mejor. Cuando Ramón García cumplió 18 años, su familia había crecido hasta quedar integrada por once personas. Entonces, la responsabilidad de Ramón había crecido y él se sentía atormentado por no poder contribuir más al ingreso familiar. Por primera vez escuchó con interés los relatos de varios de sus amigos sobre la abundancia de trabajos al otro lado de la frontera. Ese año, 1924, decidió dejar Jalisco. Primero viajó a Aguascalientes en mula, ahí pagó 36 pesos (18 dólares) y abordó un tren a la frontera. Llegó finalmente a Los Ángeles, donde consiguió un trabajo en la compañía ferroviaria Southern Pacific. Tuvo más suerte que otros, debido a que en Los Ángeles su trabajo era permanente. Ramón García dejó México con el sueño de regresar en algún momento a su patria. Sin embargo, prefirió cumplir sus sueños en Estados Unidos y no regresó a México sino de visita hasta mediados de la década de los cincuenta. La decisión de García de emigrar se relacionaba con la falta de oportunidades económicas y las pobres condiciones materiales

<sup>104</sup> Calles, *Mexico before the World*, 58. Puede encontrarse un análisis externo sobre los problemas de México con la distribución de la tenencia de la tierra en “Mexico’s Land Problem”, *Outlook*, 20 de agosto de 1924, 592-593.

del ambiente rural, así como por la promesa de condiciones más favorables en otras partes.<sup>105</sup>

En contraste con las dificultades experimentadas por trabajadores, como Ramón García, de los estados centrales, los del norte de México encontraron empleos más estables y salarios una cuarta o una tercera parte más altos. Los estados norteros de Baja California, Sonora, Tamaulipas y Nuevo León registraron altos aumentos en los índices de población, debido sobre todo a la inmigración, signo que mostraba que estaban pasando por periodos de prosperidad. Baja California reflejó un aumento de 25 por ciento en el total de personas que integraban la fuerza laboral entre 1900 y 1930. Durante el mismo periodo, Zacatecas, en la región central, registró una brusca caída en el número de personas que tenía un trabajo de tiempo completo. Como lo hizo notar un autor en 1924:

Los salarios siempre han sido más altos en el norte de México que en el sur y siempre ha existido un permanente flujo de sur a norte en busca de trabajo. Actualmente, en el sur de México, un trabajador calificado gana entre 1.50 a dos dólares al día y no tiene sino que cruzar la frontera con Estados Unidos para encontrarse con salarios de casi el doble que en el norte de México.<sup>106</sup>

A lo largo de todo el siglo xx, la región norte le ofreció a los mexicanos amplios trabajos en la minería, los ranchos y el transporte. De 1900 a 1930, la población de Sonora creció alrededor de 30 por ciento y la de Tamaulipas alrededor de 36.4 por ciento; en contraste, la población de Jalisco creció únicamente 8.1 por ciento y Guanajuato decreció 6.9. Estas estadísticas muestran claramente los enormes cambios demográficos generados por los acontecimientos económicos.<sup>107</sup> Los nuevos trabajadores que migraron al norte generaron, por su parte, nuevas demandas de producción de alimentos y de otros bienes. A lo largo del Río Bravo, los pequeños distribuidores comerciales encontraron a los pueblos de la frontera listos para la explotación

<sup>105</sup> Entrevista con Ramón García, Los Ángeles, 15 de octubre de 1972.

<sup>106</sup> "Mexican Labor and Foreign Capital", *Independent*, no. 112, 24 de mayo de 1924, 276.

<sup>107</sup> Calculado a partir de DGE, *Quinto censo de población, 1930*, 3; e ídem, *Anuario estadístico, 1930*, 34, 50-52.

comercial. El norte, que también había sufrido por la Revolución, rápidamente reconstruyó sus pueblos y abrió conexiones ferroviarias en el interior y con la frontera de Estados Unidos. Hizo rápidos ajustes al quebrantamiento de los ranchos de ganado. Al inicio de la década de los veinte, los rancheros en el norte vendían nuevamente a clientes mexicanos y estadounidenses. Más aún, las mercancías mexicanas y estadounidenses enviadas al interior de México desde la región de la frontera requerían de una legión de distribuidores y empaques, mientras que los artesanos ganaban buenos salarios.

No obstante, a pesar de que las condiciones en los estados del norte eran mucho mejores que en otras partes del país, los trabajadores seguían emigrando a Estados Unidos. Por ejemplo, Manuel Terrazas, habitante del estado fronterizo de Chihuahua, consideró por vez primera la posibilidad de abandonar la casa a sus 18 años cuando un amigo trató de persuadirlo de emigrar con él a Estados Unidos. Era 1919 y la ciudad de Chihuahua había sido devastada por la Revolución. Incapaz de convencer a su mamá de que le permitiera ir al norte, permaneció en su lugar natal hasta que, en 1926, su familia tuvo la oportunidad de ir a Ciudad Juárez para una estancia temporal. Una vez asentado en la ciudad fronteriza, Manuel Terrazas cumplió su sueño de trabajar en Estados Unidos cuando cruzó de Ciudad Juárez a El Paso hacia fines de 1926. Como había escuchado que existía gran demanda de trabajadores ferroviarios para integrar la tripulación, rechazó una oferta para trabajar como tal y en su lugar aceptó un trabajo en El Paso como jornalero. Se enteró de oportunidades de trabajo en el sur de California a través de un amigo y en un año había firmado como enganchador (contratista de trabajadores) para trabajar en el estado dorado (*golden state*). Finalmente, consiguió un empleo con una compañía petrolera en Los Ángeles como trabajador no calificado, el cual conservó por cerca de 25 años.<sup>108</sup>

El tremendo flujo de migrantes mexicanos a los estados del norte durante y después de la Revolución tuvo grandes consecuencias en el crecimiento de las comunidades urbanas fronterizas. Como muestra el cuadro 1, algunas ciudades registraron notables aumentos entre 1910 y 1930.

<sup>108</sup> Entrevista con Manuel Terrazas, Los Ángeles, 10 de noviembre de 1972.

CUADRO 1  
CRECIMIENTO POBLACIONAL EN LAS PRINCIPALES  
CIUDADES FRONTERIZAS, 1910-1930

<i>Ciudad</i>	<i>Población</i> 1910	<i>Población</i> 1930	<i>% de crecimiento</i>
Juárez	10 621	39 666	273.5
Mexicali	462	14 842	3 112.6
Tijuana	7 330	8 384	14.4
Piedras Negras	8 518	15 878	86.4
Matamoros	4 444	6 001	35
Villa Acuña	933	5 350	473.4
Villa Frontera	2 109	5 601	165.6
Nogales	3 117	14 061	351.1
Nuevo Laredo	8 143	21 636	165.7
Monterrey	75 528	132 577	75.5

Mexicali, en la frontera con California, creció a más de 3 000 por ciento, beneficiado por la expansión de las conexiones del ferrocarril en la región. En los años anteriores a que los ferrocarriles mexicanos llegaran a Tijuana, Mexicali era uno de los principales puertos de entrada con destino a California. En aquellos tiempos, Ciudad Juárez y Nuevo Laredo, los pueblos mexicanos más grandes de la frontera, no crecieron de manera espectacular, pues la población de estas dos comunidades se dispersó sobre las ciudades gemelas de El Paso y Laredo, Texas.

Durante la década de los veinte, la mayoría de los emigrantes mexicanos que llegaron a Los Ángeles pasaron por los pueblos texanos de la frontera. Durante el mismo periodo, el flujo de migrantes impulsó también el acelerado crecimiento de nuevos pueblos en aquella región. Entre 1921 y 1940, el número de pueblos en el norte creció de 14 637 a 27 655, una tasa de crecimiento significativamente mayor que la de los pueblos de la región del centro.<sup>109</sup>

<sup>109</sup> DGE, *Anuario estadístico*, 1942, 321.

Los emigrantes que llegaron a Los Ángeles antes de la Revolución mexicana frecuentemente regresaban a México durante los meses de invierno, cuando era difícil encontrar trabajo en los campos agrícolas o escaseaba el empleo en los ferrocarriles. Durante los años de la Revolución, esta migración de temporada se volvió peligrosa, si no imposible, debido a las operaciones militares. Los datos del censo mexicano enlistan la entrada de inmigrantes en dos categorías diversas: 1) *repatriados, nacionales e inmigrantes extranjeros*, y 2) *visitantes, inmigrados, turistas nacionales y extranjeros y transmigrantes*. En 1910, por ejemplo, México registró una entrada de 86 909 inmigrantes de Estados Unidos en la primera categoría. Esta cifra bajó a 20 381 en 1914, año más difícil de la contienda, y llegó a su punto máximo en 1924, cuando 159 507 personas (la mayoría ciudadanos mexicanos) ingresaron a México. Al paso de los años, el porcentaje de migrantes empleados en trabajos temporales varió de 30 a 50 por ciento. A pesar del alto número que iba y venía a uno y otro lado de la frontera, un número muy considerable permaneció en Estados Unidos. El censo de Estados Unidos de 1930 proporciona datos cuantitativos que consignan que la población mexicana creció casi 100 por ciento: de 729 992 en 1920 a 1 422 533 en 1930.<sup>110</sup>

## V

En síntesis, puede decirse que, de 1900 a 1930, la insatisfacción con las condiciones económicas y sociales de México y el relativamente fácil acceso a Estados Unidos ocasionaron que miles de mexicanos emigraran a Los Ángeles. Durante este periodo, México sufrió una transformación enorme. Quienes dejaron México durante esa generación lo hicieron en una época de tiranía y despotismo. La migración creció con la caída de la dictadura y alcanzó su cúspide durante los años del conflicto civil, cuando las industrias del suroeste de Estados Unidos empezaron a procesar grandes pedidos derivados de la

<sup>110</sup> U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census of the United States: 1930, Abstract of the Census*, 130; Lawrence A. Cardoso, *Mexican Emigration to the United States, 1897-1931: Socio-Economic Patterns* (Tucson: University of Arizona Press, 1980), 53, 94.

primera guerra mundial. La década de la reconstrucción vio llegar a Los Ángeles un número récord de mexicanos, impacientes con las instituciones de la reforma y el retraso en la estabilización de la economía. Más que en ningún otro periodo anterior, el desempleo, la inflación, el conflicto religioso, los bajos salarios y el desorden civil empujaron a los mexicanos a investigar los informes de amigos, parientes y contratistas que decían que había mejores oportunidades de vida cruzando la frontera. Estos mexicanos asentados en Los Ángeles, que planeaban regresar a su patria con una nueva fortuna y en una situación política más estable, empezaron a darse cuenta de que el regreso no era tan fácil ni tan deseable como alguna vez les había parecido.

MAPA 1  
LOS ÁNGELES Y ZONAS ALEDAÑAS

